PRECUELA BAJO LA PIEL CAMBIANTE

NUESTRA MEJOR NAVIDAD



YGRITTE BERLANA

NUESTRA MEJOR NAVIDAD

PRECUELA BAJO LA PIEL CAMBIANTE

YGRITTE BERLANA

© Ilia Berlana Martínez

1ª edición, noviembre 2023
ISBN: 9798861309295
Sello: Independently published

Cubierta diseñada por: Ilia Berlana Martínez
Ilustraciones de: Ilia Berlana Martínez
Corrección: Románticas corrección (@_romanticascorreccion)

Reservados todos los derechos.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizados ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

A todos los amantes de la navidad que nos toca vivir con un Grinch.

ÍNDICE

Sinopsis

1. Ilain
2. Owen
3. Ethan
4. Steve
5. Steve
6. Ilain
7. Ethan
8. Ilain
9. Owen
10. Ethan
11. Owen
12. Steve
13. Ethan
14. Ilain
15. Nate

Más libros de la saga Bajo la piel cambiante
Otras Obras de Ygritte Berlana
Ygritte Berlana

SINOPSIS

La navidad es la época más mágica del año. Sin embargo, hay navidades que se recuerdan más que otras, como esa en la que encuentras a tu pareja predestinada…

ILAIN

Que tu mejor amiga sea tu pareja predestinada es similar a que te toque la lotería. El problema viene cuando te sientes incapaz de confesárselo. Pero encontraré el momento, lo prometo.

OWEN

Desde que besé a Martha por primera vez y supe que era ELLA, me convertí en el hombre más feliz del mundo. Solo hay un problema: Alex, mi hermana y su mejor amiga; la misma que lleva intentando separarnos desde que nos conocimos.

ETHAN

Me había resignado a no encontrar a mi pareja predestinada nunca. Somos pocos tigres y rara vez se forman parejas entre diferentes especies. Por suerte, mi padre me obligó a acompañar a la loba a un mercadillo navideño y allí estaba ELLA. Una humana a la que tendría que explicarle que era un cambiante y darle la opción de que se olvidase de mí.

STEVE

Natalie me rompió el corazón hace tres años. Sin embargo, no he conseguido olvidarla y me he propuesto conquistarla de nuevo. Una labor complicada, sobre todo teniendo en cuenta que me odia.

ILAIN



LLEGARÁ EN TRES HORAS, EL DÍA SE ME ESTÁ HACIENDO ETERNO. DEBERÍA ESTAR acostumbrado, no es la primera vez que estamos separados, aunque sí que ha sido la más larga hasta la fecha, pese a que nos hemos escrito cada día uno o dos mensajes. Todo lo que el saldo nos ha permitido. Para los «buenos días», una perdida; otra para las «buenas noches» y, con suerte, un par de mensajes extras sobre nuestra jornada.

Vuelvo a mirar el reloj de la pared, me da la impresión de que se está riendo de mí y está girando las agujas hacia atrás para ralentizar más el tiempo. Debería centrarme en el coche que tengo delante, al que se le ha roto el cable del acelerador, pero me es imposible. Hoy vuelve Raisa de la universidad para pasar la navidad y le declararé mi amor. Tendría que haber elegido una carrera de cinco años como ella, así no nos hubiéramos tenido que separar al cuarto año. En cuanto acabé, mi padre me puso a trabajar en el taller. Sé que era el plan, pero ahora que sé qué implica separarme de ella, no me gusta.

Aún no tengo claro cómo lo haré, si primero querrá ir a correr por el bosque en nuestra forma lobuna o preferirá un café con nata en la cafetería. Puede que solo le apetezca ir a su habitación, tumbarnos en su cama y ver, por enésima vez, la cinta de *Braveheart* mientras suspira viendo cómo se casan en secreto para evitar el permiso de pernada. Es perfecta, no sé cómo no me di cuenta antes.

Es decir, claro que sabía que era perfecta, de lo que no me había percatado era de que ella sería mi ELLA. Nos conocemos desde siempre, pertenecemos a la misma manada, su padre es mi alfa. Fuimos juntos a la escuela y me ayudó a controlar el cambio. Lo que para ella era algo natural, a mí me costaba horrores. Cuando quería cambiar, no lo conseguía, pero si estornudaba: ¡*boom*! Mi lobezno interior hacía su aparición. Nos convertimos en inseparables cuando pasamos al instituto de Undredal, donde nos empezamos a relacionar con humanos de forma continua.

La campana de la puerta me saca de mis pensamientos y miro al hombre que acaba de aparecer. Es uno de los tíos de Raisa, el beta de su padre. Aparta una guirnalda para entrar en el taller mientras la mira con desprecio y se dirige a mí:

—Chico, ¿dónde está tu padre? Se me ha quedado el coche tirado en la entrada del pueblo.

—Te he dicho mil veces que deseches esa chatarra y te compres uno nuevo —le recuerda mi padre saliendo del despacho y estrechando la mano con él—. Voy a por la camioneta. Ilain, te quedas de encargado. Y céntrate, que hoy parece que estés en otra parte.

—Estará enamorado —bromea el hombre, mientras bajo la vista hacia el motor del coche que tengo delante. Se dirige con mi padre a la puerta y vuelve a darse con la guirnalda—. Deberíais poner más altas las cosas estas, no hay quien entre sin comerse una.

—¿No te gusta la navidad? —se burla mi padre, subiéndose a una escalera de tres peldaños

para enganchar de nuevo la guirnalda al techo—. ¿Ya eres feliz? ¡Venga, vamos a por tu coche, no vayan a comernos los lobos!

Los dos salen del taller muertos de risa y decido centrarme en mi tarea para dejar de pensar en Raisa, pero el maldito reloj que no avanza. Cuando el sonido de una notificación me saca de mis quehaceres, observo con admiración que han pasado dos horas y media y he podido estar pendiente de mi trabajo.

Raisa
Acabo d llegar. Toy n ksa. Viens?

EN DOS ZANCADAS, llego al piso de arriba para una ducha rápida, que me quite la grasa de las manos y el olor del cuerpo, y cambiarme de ropa. Le hago una perdida para confirmar que iré y en quince minutos estoy saliendo por la puerta. Me he puesto el jersey azul oscuro que me regaló las navidades pasadas y unos vaqueros que sé que le gustan, además de la chaqueta de cuero que mis primas tildan de «quitabragas». Paso deprisa por las tres calles que separan nuestras casas, sin fijarme en la decoración navideña que impregna todo el pueblo, y voy directo a la parte trasera de su casa. Llevo tantos años entrando por la ventana que no sabría decir el color de la puerta de la entrada a su casa.

Trepo al piso de arriba y llamo a la ventana, que se abre al momento. En cuanto estoy dentro, unos brazos me envuelven y sé que estoy en casa. Inspiro su pelo, pero no es vainilla el olor que me devuelve.

—Te has cambiado el champú.

—Yo también te he echado de menos —bromea contra mi cuerpo riendo—. No quedaba cuando fui a comprar y lo cogí de coco.

—¿Qué te apetece hacer primero? —pregunto en cuanto se separa y aprovecho para quitarme la chaqueta. Noto su mirada recorriendo mi cuerpo y rueda los ojos cuando ve que la he pillado y sonrío de forma arrogante. Odia cuando lo hago, así que me encanta hacerlo.

—Tenemos invitados, por lo que no puedo hacer nada de lo que me gustaría. —Se lanza de forma dramática a la enorme cama que hay en medio de la habitación y pone un brazo encima de sus ojos. Me tumbo a su lado mientras la observo—. Han venido los jefes de los tigres y los zorros árticos para la fiesta de navidad. Con Owen y Ethan incluidos. Me apetece mogollón.

—¿Vuestros padres siguen intentando emparejaros? ¿Aún no se han dado cuenta de que no va a pasar?

—Creo que están intentando fingir que no, que es una invitación sin segundas intenciones, pero nunca pierden la esperanza. —Suspira—. Supongo que, como futura alfa, se espera que vaya acompañada a la fiesta.

—Como futura alfa deberías poder hacer lo que quieras —le recuerdo, como llevo haciendo desde siempre.

—Y tú, como futuro beta, deberías aconsejarme —dice girando la cabeza hacia mí y quedando nuestras caras a tres centímetros de distancia.

—Ven conmigo a la fiesta. Sé mi acompañante —suelto mirándola a los ojos, serio. Bueno, seguro que hay peores formas de declararse.

—No hace falta que finjamos aquí, Ilain —contesta riendo—. Esto no es la universidad,

nadie nos va a creer.

—No estaba fingiendo —sentencio mientras me incorporo y cojo su mano para que haga lo mismo—. Raisa, ¿te gustaría ser mi acompañante en el baile de navidad?

Contiene la respiración y me observa para saber si miento o no. No me muevo, el corazón me va a mil por hora y sé que puede oírlo. Sus latidos se aceleran y sus labios se separan, pero no llega a darme una respuesta, los pasos de su padre acercándose nos obligan a girarnos hacia la puerta. Llama, incluso sabiendo que lo hemos escuchado y que estamos dentro, y abre la puerta, aunque no llega a entrar.

—Hola, Ilain —saluda mirándome y se dirige a su hija sin esperar una respuesta—. Raisa, la cena estará lista en cinco minutos, deberías bajar ya. Ilain, ¿te gustaría quedarte a cenar?

—No, gracias, Victor. Mi madre me espera. —Asiente y se va, dejándonos solos de nuevo—. Debería irme ya, ¿quedamos mañana?

—Claro. ¿Te apetece ir al mercado navideño de Undredal?

—¿Conduces tú o conduzco yo? —consulto mientras me pongo la chaqueta y voy hacia la ventana para salir. Hace una mueca—. Está bien, conduzco yo, pero me debes una. Podrías decir simplemente: «¿Me llevas al mercado?» en lugar de preguntar si me apetece. Sabes que no me molesta conducir.

—Pero es que yo no quiero que me lleves, quiero ir contigo y que conduzcas tú. Sabes que odio conducir con este tiempo.

—Lo sé. —Beso su mejilla antes de salir por la ventana y se asoma para verme marchar—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Ilain.

Llego a casa cuando mi madre está sirviendo la cena y me mira extrañada de que esté ahí. Le explico la visita que está en la casa del alfa y cenamos en familia los tres: mis padres y yo. Cuando llevo un rato en mi habitación leyendo, un hocico oscuro golpea mi ventana y la abro para ver a Raisa en su forma lobuna saltar del tejado al patio trasero y adentrarse en el bosque. Me quito la ropa, salgo y, mientras salto, me transformo.

Voy caminando hacia ella y sé que está rodando los ojos mentalmente. Golpeo mi cabeza contra su lomo y esquivo una dentellada que no hubiera llegado a nada. Alguien necesita correr. Me pongo a su lado y la miro desafiante, ella me devuelve la mirada y empezamos a correr por el bosque mientras esquivamos troncos y piedras. No tarda en coger ventaja, siempre ha sido más rápida que yo y que casi cualquiera del pueblo. Aún recuerdo el revuelo que se formó cuando ganó por primera vez a su padre.

Raisa se pierde entre los árboles, pero estoy totalmente seguro de que sé a dónde se dirige. Cuando llego al río que nace de las montañas que crean el valle en el que vivimos, me la encuentro allí, bebiendo. Casi no se la ve con su pelaje negro y la poca luz que nos regala la luna esta noche. Me acerco y bebo también, esperando la señal para salir corriendo de vuelta al pueblo, que no tarda en llegar.

Una vez volvemos a entrar por el patio trasero de mi casa, nos despedimos rozando nuestras cabezas y observo cómo se marcha a su casa antes de saltar al tejado para volver a transformarme. Me pongo el pijama y me tumbo en la cama dispuesto a dormir. En ese instante, mi móvil vibra en la mesita y lo cojo para borrar la perdida de «buenas noches» de Raisa, pero en lugar de eso me encuentro un mensaje:

Raisa
Sí

OWEN



VEO AL LOBO DE RAISA SALIR DE LA CASA Y DECIDO SEGUIRLO. NO ES QUE QUIERA NADA CON ella, hace tiempo que nos dimos cuenta de que ninguno éramos pareja, por mucho que nuestros padres no se hayan percatado aún, pero necesito algo de intimidad. Todo sería más fácil si lo hubiéramos sido, una alianza de cambiantes entre parejas predestinadas sería pura ambrosía para los jefes.

Me alejo del pueblo cuando pierdo de vista a Raisa y saco mi teléfono para llamar a Martha, mi pareja. La real, mi predestinada. Sigue sorprendiéndome que mis padres no hayan notado nada, pero le prometí que no se lo diríamos hasta que pudiéramos hablar con Alex, la repelente de mi hermana pequeña, que lleva años intentando separarnos. Muy bien no le ha salido.

—Hola, preciosa —saludo cuando descuelga y oigo su risa—. ¿Cómo ha ido el día?

—Hola, guapo. Bien, y ¿el tuyo? Hemos acabado la decoración de la casa y ahora tengo miedo de que a Robert le dé un ataque epiléptico con tantas luces.

—¿Tu padre ha vuelto a intentar batir el récord del año pasado? —pregunto riendo, tuvimos que prohibirle encenderlas porque iluminaban todo el valle.

—No lo ha intentado, lo ha conseguido —inquiere con un suspiro—. Va, cuéntame algo tú.

—Nada que contar, lo de siempre con los lobos. Nuestros padres muy interesados en juntarnos y nosotros siendo lo más diplomáticos posible. Me ha sabido mal, Raisa ha comentado que mañana iba al mercado navideño de Undredal y ahora vamos a ir los tres juntos. Creo que le hemos fastidiado una cita a la loba.

—¡Pobre! Bueno, podéis separaros al llegar. Me da mucha envidia, siempre he querido ir a ver el mercado de Undredal, he oido que es precioso.

—Coge el coche de tu madre y vente —propongo sin pensar—. Mi hermana ha dicho que pasa de ir y allí nadie nos conoce.

—¡No lo había pensado! ¿Seguro que Alex no irá?

—Creo que había quedado con el pequeño de los lobos para una competición de billar o algo así. La mantendrá entretenida toda la tarde.

—Entonces, iré. Te echo de menos.

—Yo también. Hubieras podido venir si se lo hubiéramos contado a mis padres —le recuerdo y oigo como gruñe—. Está bien, cambiemos de tema.

—No, necesito que lo entiendas, Owen. Tu hermana lleva años intentando que no me acerque a ti, si la llamo y le digo que estamos juntos creerá que soy otra de tus conquistas. No tengo ganas de que me llame cada día para saber si ya me has encontrado sustituta.

—Lo sé, Martha, pero me jode no poder gritar a los cuatro vientos que te quiero y que he encontrado a mi pareja.

—¿Qué más dan unos días más cuando tenemos toda la vida por delante?

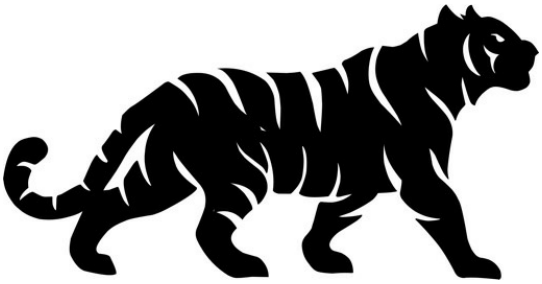
—Porque te echo de menos y me gustaría que estuvieras aquí —reconozco. En lugar de estar con ella estoy rodeado de lobos y tigres. Y lo peor, con mi hermana, que no para de preguntarme quién será mi acompañante en la fiesta.

—Y a mí estar. No contaba con que tu padre os secuestrase —se ríe y toda la tensión se esfuma. Odio discutir con ella—. ¿Mañana a qué hora vais a ir?

Seguimos un rato más hablando y quedamos al día siguiente en Undredal. Pobre Ethan, va a ir de aguantavelas toda la tarde.

3

ETHAN



NO SÉ QUÉ ME PARECE MÁS ABURRIDO, SI PASAR LA TARDE CON OWEN O HACERLO EN UN mercado navideño. Mi padre me ha dado la enésima charla de por qué es tan importante una alianza con los lobos y yo le he explicado por enésima vez más una que no somos pareja ni lo seremos. Ni la loba conmigo, ni el zorro con ella. El día que lo entiendan, montaremos una fiesta. Lo único bueno de que nos hayan obligado a pasar tiempo juntos es que nos hemos hecho amigos y podremos tener una relación más cordial que nuestros padres cuando seamos jefes.

Observamos a Raisa explicarle a su amigo que no irán solos al mercado y nos dirigimos hasta el coche. La cara del lobo es indescifrable, pero me atrevería a decir que no le ha hecho ninguna gracia. Ya, bueno, pues que se ponga a la cola.

—Hola, soy Ethan —me presento al llegar a su lado—. De los tigres.

—Yo soy Owen. De los zorros.

—Ilain, encantado —dice estrechando nuestras manos—. ¿Nos vamos de excursión?

—Sentimos estropearos la cita —se disculpa Owen, y Raisa suelta una carcajada.

—Esto no es una cita, solo vamos para ver el mercadillo navideño. —El lobo se gira para entrar en el coche y por el reflejo del cristal veo una mueca de dolor. Creo que le han molestado las palabras de su amiga, para alguien sí era una cita. Bueno, podemos dejarlos solos al llegar—. Además, allí hemos quedado con nuestros amigos. —O no. Vaya, qué difícil se lo va a poner al pobre chaval.

Arrancamos y el silencio se instaura en el coche. No sé cómo he dejado que me convenzan para ir: luces, guirnaldas, olor a canela por todas partes… No sé cuál de todas esas cosas odio más. No es que sea el Grinch, pero veo innecesaria toda la parafernalia que se monta alrededor. Nadie habla hasta que no salimos del pueblo y es Owen el que rompe el silencio incómodo. Este chico no puede mantenerse callado ni cinco segundos.

—¿Qué soléis hacer por aquí para divertiros? Espero que no os importe, le he dicho a mi novia que venga. —¿En serio? Voy a ser un puto aguantavelas toda la tarde. O peor, me tocará aguantar a las amigas de la loba.

—¿Y tu padre sabe que tienes novia? —pregunto extrañado una vez proceso la información —. Porque te han dado el mismo sermón que a mí sobre estrechar lazos con los lobos.

—No lo sabe nadie —cuenta con una mueca—. Lo íbamos a hacer oficial en la fiesta de navidad, pero como estaré aquí…

—Puedes invitarla si quieres —propone Raisa con una sonrisa. Me cae bien, es buena gente, pero no dejará que nadie la pise. Me parece una mezcla perfecta para una jefa. Es una pena que no seamos pareja—. Puedo ocuparme de que sean discretos.

—Gracias, pero prefiero soltar la bomba en casa. Martha es… —Se rasca la nuca y baja la

cabeza avergonzado—. Bueno, es la mejor amiga de Alex. Queríamos que se enterase por nosotros, así que no hemos comentado nada para poder contárselo cuando volviera de la universidad a pasar las fiestas, pero hemos acabado rodeados de lobos.

Conozco lo suficiente a su hermana para saber que «bomba» es un eufemismo para el pollo que va a montar. No quisiera estar en su pellejo. Menos mal que el jefe será Owen y no ella, porque la diplomacia no es su fuerte y Raisa y yo tenemos un límite de lo que podemos soportar. Una guerra entre cambiantes es lo último que queremos.

—Eso es muy bonito. Siento que no puedas decírselo aún —comenta Raisa. Creo que ha llegado a la misma conclusión que yo—. ¿Acabáis de empezar?

—Creo que siempre lo supe. Que era ella, digo. Algo nos empujaba a estar juntos, a buscarnos. Incluso me pidió que la ayudase a estudiar un curso, pese a que no lo necesitaba. Cuando la besé por primera vez, fue como si todo encajase, todo cobró sentido.

¡Vaya! No esperaba que Owen hubiera encontrado a su pareja, pensé que sería una conquista más. Otra más en la larga lista de corazones rotos que va dejando con su cola. Mi tigre bufa ante mi chiste sobre la cola peluda del zorro y observo mi alrededor mientras Raisa y Owen conversan sobre su pareja. Si Owen no es una opción para la loba, mi padre me presionará más para que me acerque a ella. Y hablando de acercarse a lobas…

—Raisa, ¿la manada de Whisper vendrá a la fiesta de navidad?

—Sí, serán los invitados de honor —me explica—. Mi padre quiere que se queden a vivir con nosotros, su alfa es muy mayor y no ha nacido otro. Ilain, ¿tu tía te ha comentado algo?

—No —contesta nuestro conductor, que ha permanecido callado hasta ahora—, pero tampoco me he informado. No tengo ganas de tener a mis primas por aquí.

Así que sus primas pertenecen a la manada de Whisper, espero que no sea ninguna de las chicas con las que me lie hace un par de años. Aunque en realidad, me da igual, nos dimos un buen revolcón y si te he visto no me acuerdo.

—Le preguntaré a Nate cuando llegue —comenta Raisa.

El lobo, en lugar de contestar, centra su vista en la carretera y aprieta el volante. Tanto que tiene los nudillos blancos. ¿Será la pareja de Raisa? No creo, nos hubiera comentado algo. Aunque quién sabe, igual están empezando o no saben con certeza, no siempre se sabe al momento como Owen, o eso me han contado. Suspiro para mis adentros. Me dan envidia, para un tigre encontrar a su pareja es casi imposible y las parejas entre especies… raras veces ocurren. Somos tan pocos que estamos a una generación de tener que emparejarnos con nuestras primas. Asqueroso, lo sé. Prefiero extinguirme.

LLEGAMOS a Undredal cuarenta minutos después de salir y aparcamos en la entrada de la ciudad. Hay más coches de los que imaginaba y me entran ganas de salir corriendo. Sé que si me agobio y decido irme nadie me dirá nada, así que mi plan es aguantar una hora y largarme a los bosques de alrededor a correr un poco hasta que decidan que tenemos que volver. Una chica pelirroja se lanza a los brazos de Owen y este la acoge con cariño antes de besarla. Debe de ser Martha. Veo como vigilan a su alrededor antes de fundirse en un beso apasionado que nos incomoda a todos los presentes, incluida la gente que no los conoce.

Ilain emprende el camino y le seguimos, dejando a la pareja atrás, mientras hablan entre susurros y besos robados. Raisa se gira para mirarlos con una sonrisa, pero es incapaz de disimular el anhelo de sus ojos. Cruzamos la mirada antes de volverse hacia su amigo y creo que detecta la misma emoción en mis ojos. El lobo le guiña un ojo y su mano, de forma inconsciente,

se estira para cogerla, pero la loba rueda los ojos y fija la vista en la entrada de la calle a la que nos dirigimos, metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta. Ilain aprieta la mandíbula y juraría que he oído a su lobo gruñir. Sin embargo, enseguida se endereza y prosigue su camino como si nada hubiera pasado.

Lo primero que noto es el olor a galletas recién horneadas, que no tarda en envolvernos, seguido de los murmullos de la muchedumbre que se concentra en el mercado. Se escucha un chillido agudo a nuestra espalda y, un segundo después, Raisa está rodeada por dos cuerpos que la abrazan mientras gritan. Desde luego, es lo último que esperaba de la futura alfa de los lobos. Miro a Ilain que se encoge de hombros, como si eso fuera lo normal entre ellas. Una vez se separan observo al grupo y me quedo sin respiración al verla. De golpe, venir al mercado me parece la mejor decisión que he tomado en mi vida. Mi tigre gruñe feliz y se estira. Estoy tan contento que creo que podría hasta buscar todo el muérdago colgado por la ciudad.

—Chicas, os presento a Ethan, Owen y su novia, Martha. Son los hijos de los amigos de mis padres que han venido a pasar la navidad con nosotros —dice Raisa mientras nos señala—. Chicos, ellas son Natalie y Hayley.

Soy el primero en estrechar sus manos, aunque solo tengo ojos para ella. Hayley Brooke. La conocí, mentira, la vi por primera vez hace unos meses en los campeonatos de patinaje sobre hielo. Quedó segunda, por detrás de mi prima y, aun así, no perdió la sonrisa en ningún momento. En los regionales las eliminaron a las dos y ella, al contrario que mi prima, felicitó a las ganadoras y aplaudió como la que más cuando les entregaron sus medallas. Me dejó cautivado. No esperaba encontrarla aquí y mucho menos conocerla en persona. Si lo llego a saber, hubiera besado a mi padre por obligarme a venir.

Nos dirigimos al primer puesto de comida e Ilain se acerca a un chaval que nos saca una cabeza a cada uno, y eso que no somos precisamente pequeños. Está comiendo un bollo de pan relleno de carne de cerdo deshilachada que tiene pintaza.

—¿Qué pasa, tío? —le saluda el amigo, sin reparar en nadie más—. No esperaba que vinieras hoy.

—Le he obligado a venir —asegura Raisa a modo de saludo mientras se aproxima a darle un abrazo, acto que aprovecha el chaval para observarnos de forma analítica durante unos segundos antes de separarse y sonreír a la loba.

—Dudo mucho que haya algo que le pidas a Ilain y te diga que no —comenta guiñándole un ojo y el lobo le lanza una mirada asesina aprovechando que Raisa no puede verle.

—Te sorprenderías —susurra Raisa, tan bajito que, si no estuviera a su lado, no lo hubiera escuchado. El lobo, que justo se había movido para ir a su lado, da un paso para atrás sorprendido. La loba, como si se le hubiera escapado, sacude su cabeza de forma sutil y habla de forma audible—: Steve, te presento a Ethan y Owen, son los hijos de unos amigos de mis padres que han venido a la fiesta de navidad del pueblo. Ella es Martha, la novia de Owen, y al resto ya los conoces.

—Encantado. —Hace una reverencia absurda y tira el envoltorio del bollo que se ha acabado segundos antes—. ¿Damos una vuelta?

—Y ¿quién te ha nombrado a ti jefe del grupo? —suelta Natalie molesta cruzándose de brazos. ¡Cuánta agresividad!—. Yo quiero un bollo primero.

—Lo sé, princesa —le contesta Steve, cogiendo el pan relleno que le da el camarero y entregándoselo mientras ella le mira sorprendida—. De nada. Ahora, ¿damos una vuelta?

Todos se mueven sin comentar nada y yo aprovecho el detalle para relacionarme con Hayley y susurrarle:

—Creo que he elegido un mal día para ponerme la camiseta blanca. Las manchas de sangre no salen bien.

—Nunca llegan a mayores —murmura dando un paso para quedar pegada a mí. Mi tigre vuelve a ronronear—. Son el claro ejemplo de frustración sexual, lo mejor es ignorarlos o te usarán de diana.

—Es bueno saberlo. ¿Sabes a dónde vamos? Me he quedado con ganas de un bollo de esos.

—Yo también —dice ralentizando el paso—. ¿Nos escapamos?

—Las damas primero.

Señalo el camino con el brazo, se ríe y volvemos al puesto para pedir dos bollos y una cerveza cada uno. Hoy va a ser un gran día.

STEVE



INTENTO APROXIMARME A NATALIE PERO, COMO SIEMPRE, SE PEGA A RAISA Y ME IGNORA DE forma deliberada. Suspiro. Empiezo a pensar que lo mejor sería alejarme de ella para siempre. Es una pena que me sea imposible.

El grupo empieza a separarse y aprovecho para ir junto a Ilain. Mi amigo debería estar comiéndose a besos a Raisa, no rodeado de otras personas. Con lo valiente que es para todo, esto le está sobrepasando de una forma inesperada. Entiendo que tenga miedo a perder a su mejor amiga, pero debería ser más fácil, sobre todo porque ha sentido que ella es su pareja. Algo que todos los que los conocemos intuíamos desde siempre, todo sea dicho. Se acerca a un puesto de bisutería y sé que le va a comprar algo a su loba.

—Pensaba que ya te habrías declarado. ¿No volvía ayer?

—No tuvimos tiempo para hablar, pero la invité a ser mi acompañante en la fiesta de navidad y dijo que sí —me explica como si no tuviera importancia, cuando sé que por dentro está dando saltos de alegría por esa pequeña victoria. Espero a que acabe de comprar antes de hablar:

—Entiendo que en tu maravilloso plan de «cuando vuelva le declararé mi amor y seremos felices para siempre» no entraban los hijos de los amigos de sus padres ni sus amigas locas, ¿no?

—Vete a la mierda —suelta mientras se apoya en una mesa alta que hay ubicada entre dos puestos de comida a esperar al resto del grupo.

—Yo puedo irme donde quieras, pero tú seguirás siendo un cobarde.

—Se lo diré en la fiesta, será más romántico.

—Y si ese día no te atreves, por el motivo que sea: se te ha roto una uña, tenías que lavar a tu pez o han llegado los extraterrestres y nos han invadido, siempre puedes esperar a otra ocasión: cuando venga en pascua, en vacaciones o en su boda con otro que sí se aventuró a decirle lo que sentía. Por oportunidades no será.

—¿Como tú con Natalie? —escupe. Ese ha sido un golpe bajo.

—Eso es diferente, primero tengo que derretir el bloque de hielo que tiene como corazón antes de intentar conquistarlo. Es un trabajo de fondo. —Me giro para observar al resto, que están comprando comida y bebida para todos, y señalo a los dos nuevos integrantes del grupo con el mentón—. ¿También son lobos? Se comportan de forma distinta a vosotros.

Se supone que entre ellos se distinguen, pero yo, como no se transformen en mi cara, ni idea de si son humanos o cambiantes. Mi abuelo era medio lobo y nunca nos ha ocultado su condición, mi abuela decía que prefería al lobo que al humano. Sabía lo que eran Ilain y Raisa cuando los conocí, pero no les dije nada para que supieran que se podía confiar en mí para guardar el secreto. Se armó un gran revuelo con el padre de Raisa y el hecho de que una familia de «humanos» supiera de su existencia. Al final, nos obligó a hacer la promesa de silencio y tan

amigos. Hasta nos invitan a las fiestas que montan.

—No, no son lobos. Tigre y zorro ártico —contesta señalando a cada uno de ellos—. A Raisa le caen bien, parecen buena gente. Están aquí para estrechar lazos, pero tienen tantas ganas como nosotros.

—Lazos con Raisa, no contigo, entiendo, ¿no? —Bufa mientras asiente y suelto una carcajada—. Con ella no, pero el tigre parece que le ha echado el ojo a Hayley. Alguien que sabe lo que quiere y va a por ello, sorprendente, ¿no crees?

—Vete a la mierda.

—Eso ya lo has dicho.

Justo en ese momento, Owen se acerca a la mesa con varios vasos de vino caliente, mientras su novia trae dos bandejas pequeñas de patatas con beicon. Comemos entre risas y anécdotas de cuando íbamos al instituto. Me coloco detrás de Natalie y, esta vez, no se aparta. Es más, cuando rozo su cuerpo con el mío para coger mi vaso, se inclina de forma casi imperceptible hacia mí. Decido dar un paso más y, al ir a pinchar una patata, poso mi mano en su cadera, como si necesitase un apoyo. No llevarme un manotazo por su parte me parece una victoria tan grande que me pellizco para saber si estoy soñando. Lástima que Hayley decida romper el momento con la peor de las propuestas:

—Ya han abierto la pista de hielo, ¿os apetece patinar?

—¡Venga! —exclama Raisa poniéndose en marcha y todos seguimos a la alfa sin rechistar.

5

STEVE



—YO PASO DE PATINAR, ME VOY A LAS GRADAS —SUELTO MIENTRAS SUBO A LA PARTE MÁS ALTA del pabellón.

—Yo también —murmura Natalie, que me sigue.

Me siento con los brazos extendidos en los respaldos de los asientos de mi lado, de forma que, cuando Natalie se sienta, puedo acariciar su brazo con mis dedos. No habla, se limita a mirar la pista, tensa, mientras intento apaciguar sus nervios. Se escucha un golpe seguido de un quejido y Natalie se encoge. Paso mi brazo por sus hombros y la atraigo hacia mí para abrazarla.

—Si quieres irte, solo tienes que decirlo.

—Estoy bien —miente—. Tengo que aprender a superarlo.

—Cuando lo hagas, ¿me enseñarás?

—¿A ti? —Se extraña—. Si nunca te has lesionado.

—¿Crees que es casualidad que dejase el *hockey* justo después de tu lesión? —cuestiono incrédulo—. Era incapaz de oír un golpe y no verte tirada en el suelo con el tobillo torcido.

—Nunca me lo habías dicho —susurra y se gira para mirarme.

—Nunca preguntaste.

—No me diste la oportunidad —me recrimina y centra su vista en la pista. Suspiro.

—No fui yo el que se largó con otro el día que te dejaron salir a la calle. —Si quiere abrir la caja de Pandora, que así sea.

—¿De qué estás hablando? —contraataca mirándome con cara de no entender nada—. Estuve en mi casa horas esperándote para salir contigo y no apareciste. Tuve que salir con mi madre.

—¿De qué estás hablando tú? —escupo—. ¡Claro que fui a tu casa! Hasta te llevé flores para celebrarlo y tenía un plan genial para llevarte a hacer un pícnic al parque.

—¿Por qué me mientes? —me interrumpe—. No hay necesidad de hacerlo después de tanto tiempo.

—No te estoy mintiendo. Fui a buscarte…

—Steve, esa tarde estuve en casa. Sin moverme.

—Tu padre me dijo que no estabas, que te habías ido con Paul.

—¿Que mi padre te dijo qué? ¿Por qué iba a quedar contigo y luego irme con Paul?

—Pues eso mismo me preguntaba yo, pero imaginé que te pidió perdón y volviste con él.

—Y ¿no te extrañó no verme con él después de eso?

—Adelanté el viaje y me fui a la universidad cuatro días después. No quería verte con él. Cuando volví y no os vi juntos pensé que habría encontrado una sustituta.

—¿De verdad pensaste que había vuelto con un tío que me ignoró cuando me rompí el tobillo

y me dejó días después porque era una carga para él?

—Sí. —Me encojo de hombros para que no vea que aún me cabrea pensar en el gilipollas de su ex—. Tu padre me dijo que se os veía muy bien y que no volviera por tu casa. Si eras feliz, ¿quién era yo para meterme?

—La persona que me hizo feliz durante los meses de convalecencia en los que no podía salir de casa. Que me ayudó a estudiar para que no perdiera el año académico. El chico del que me enamoré como una tonta y en el que pensaba a todas horas, y con el que me moría de ganas de ir a hacer un pícnic al parque, pese a que no se lo había dicho nunca. Ese eras tú para meterte.

Me giro para mirarla y tiene los ojos llenos de lágrimas o puede que sea yo. Llevo tres años intentando saber qué pasó y sin poder sacarla de mi cabeza y, ¿ahora resulta que todo fue una mentira que nos contaron y que los dos estábamos deseando estar juntos? Poso mi mano en su mejilla y se apoya en ella. Es tan perfecta. La acaricio con el pulgar y sonríe. Acorto la distancia que nos separa y la beso con fuerza, intentando aliviar todo el malestar que he vivido desde que me rompió el corazón. Suspira y me rodea el cuello con sus brazos para acercarme más. Reprimo un gemido y profundizo el beso. Es el mejor día de mi vida.

6

ILAIN



RAISA TIENE CUALIDADES MUY BUENAS; PATINAR NO ES UNA DE ELLAS. AUN ASÍ, ES LA PRIMERA en ponerse los patines y acercarse a la puerta de entrada a la pista. Menos mal que es prudente y espera a que pueda seguirla para poder entrar juntos. Steve ha decidido que prefería quedarse mirando al resto, seguramente porque sabe que Natalie nunca patina.

Soy el primero en adentrarse y ofrezco mi mano a Raisa, que accede de forma cautelosa. Nos siguen Owen y Martha, que empiezan a patinar como dos profesionales, cogidos de la mano; y Ethan y Hayley, que se ríe a carcajada del primero, que lo hace cogido a la barrera. Tiro de Raisa para empezar a movernos y damos tres vueltas a paso de tortuga hasta que nos acostumbramos a los patines e incrementamos la velocidad, más de lo recomendable, a juzgar por el culazo que se lleva mi amiga cuando intentamos girar en la siguiente curva.

Jugué al *hockey* sobre hielo durante cinco años en el equipo del instituto, junto con Steve, así que las únicas veces que suelo comer hielo es cuando Raisa está cerca. Ella se decantó por el atletismo, deporte que aún no ha abandonado, solo dejó de competir. Vuelvo a ayudarla a levantarse mientras bufa y cojo su mano para proseguir. Sé que es algo que le frustra y, en cualquier otra ocasión, Hayley ya me habría relevado, pero está demasiado ocupada intentando que el tigre consiga dar un par de pasos.

—Patina un rato tú —me propone—. Yo descansaré aquí.

—Venga, no seas cobarde —la reto y me pongo frente a ella mientras extiendo mis manos—. Un par de vueltas más y te dejo tranquila.

Empiezo a moverme de espaldas mientras tiro de ella poco a poco para ir subiendo la velocidad de forma gradual. Se desestabiliza varias veces, pero consigue mantenerse erguida, que no es poco.

—Raisa, mírame a los ojos y céntrate. Los patines y las gradas son muy interesantes, pero solo harán que te caigas.

Respira hondo antes de fijar la mirada en mí y recupero el ritmo. Hay algo diferente en la forma que tiene de mirarme, como si me observase o intentase adivinar mi mayor secreto. Dirijo mis pensamientos y sentidos a las personas que nos rodean para no chocarnos y aumento la velocidad. Vuelta tras vuelta, nos sincronizamos para mantener el equilibrio y noto como se va relajando para dejarse llevar. Cometo el error de centrarme en ella de nuevo y su sonrisa hace que me olvide de todo lo que tenemos alrededor, incluida la forma de la pista. Choco contra la barrera y Raisa aterriza sobre mí. Atrapo su cuerpo con un brazo mientras con el otro intento sostenerme para no darnos de bruces contra el suelo. Una vez tengo la certeza de que no vamos a caernos, busco su rostro.

—¿Estás bien?

Alzo su cara con mis manos y me mira con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada. Aparto un mechón de su negra melena y aprovecho para acariciarle la mejilla, que reacciona al tacto erizándose. La imagen impacta directamente en mi entrepierna. Da una sacudida que Raisa nota al instante, por la forma en la que se agrandan sus ojos, y se separa de mí. Cojo su brazo cuando está a punto de caer, pero no me mira.

—Creo que ya he tenido suficiente hielo por hoy —indica dirigiéndose a la puerta.

Busco a Steve, pero lo que veo me frena en seco. Paro el avance de Raisa y le señalo con el mentón un punto arriba de todo de las gradas. En él, Steve tiene una mano en la mejilla de Natalie mientras se miran como si estuvieran solos en el mundo; lo más seguro es que ellos lo sientan así. En el momento que ella se humedece los labios, mi amigo acorta la distancia que los separa y la besa, como lleva años deseando hacer. Ella le corresponde cogiéndolo de la nuca y atrayéndolo más, si es que era posible. Doy gracias a todo el bullicio del lugar para no oír el gemido que seguramente haya salido de sus labios.

—Ya era hora —celebra Hayley que aparece de la nada cogida de Ethan—. ¿Os salís ya?

—Sí, estoy cansado —miento—. Esta mañana me ha tocado currar.

—Nosotros nos quedaremos un rato más —afirma nuestra amiga, alzando la mano del tigre —. Ahora que ha conseguido estar erguido, hay que aprovecharlo. ¿Nos vemos luego en el puesto de bocadillos donde nos hemos encontrado con Steve?

—Perfecto —contesta Raisa, saliendo al fin.

Cuando empezamos a quitarnos los patines, Owen y Martha nos informan que se van un rato solos, aprovechando que nadie los ve, y Raisa y yo decidimos ir a una cafetería para hacer tiempo mientras el resto acaban.

—¿Vamos a Crème de París? —pregunta cuando salimos. Como si hubiera otra opción.

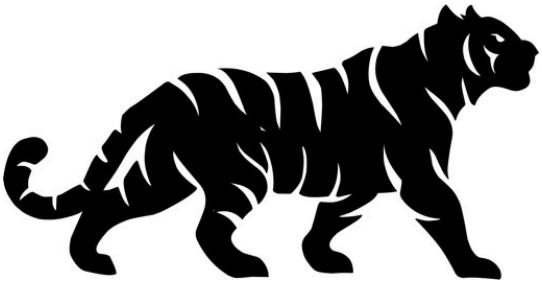
—Las damas primero.

Rueda los ojos y seguimos andando en silencio. En la siguiente calle, poso mi mano en la parte baja de su espalda para dejarla pasar y noto como se tensa con el contacto, aunque es apenas un segundo. No es la primera vez que lo hago, el caso es que lo habré hecho cientos de veces, sin embargo, se siente diferente, como si algo hubiera cambiado entre nosotros. Que para mí sí lo ha hecho, pero no para ella, al menos de momento.

Seguimos caminando, entretanto, nuestros cuerpos se van acercando poco a poco, como dos imanes que se atraen sin poder evitarlo. Mis dedos rozan los suyos y, lejos de apartarse, me devuelven la caricia. Respiro hondo a la vez que repito el movimiento, en aras de comprobar si ha sido mi imaginación o algo real. El contacto vuelve a suceder, como algo casual, como algo normal entre nosotros. Continuamos con el vaivén de nuestros dedos jugando, sin llegar a entrelazarse, pero sin dejar de tocarse. El corazón me late tan rápido que soy incapaz de escuchar nada más, estoy totalmente seguro de que puede oírlo, pero no estoy en condiciones de controlarlo. Mi lobo gruñe de satisfacción y agradezco que me deje tranquilo después de los cuatro meses que llevo soportando sus lloriqueos.

Una vez llegamos a la cafetería, me alejo para abrirle la puerta y entrar detrás de ella. Necesito calmarme antes de sentarme frente a ella y pedir dos especiales de navidad —chocolates con nata, canela y galletas de jengibre—. La miro y me devuelve la mirada, pero ninguna palabra sale de mi boca. Steve tiene razón, soy un cobarde.

ETHAN



—¿TE APETECE QUEDAR MAÑANA?

—No sé si quiero quedar con alguien que finge no saber patinar con fines poco éticos —bromea Hayley.

En cuanto se han ido nuestros acompañantes de la pista de hielo, la he cogido para hacerla volar por los aires y casi se muere del susto. Luego he tenido que explicarle que sabía quién era y que me moría de ganas de conocerla. Cuando ha dejado de flipar en colores, creo que se lo ha tomado bastante bien. Excepto por el derechazo que me ha pegado, aunque le ha dolido más a ella que a mí. Sin embargo, me he quejado un rato por el daño de mi mejilla; se merecía disfrutar de su pequeña venganza.

—¿Incluso si solo lo he hecho para estar más cerca de ti? —cuestiono acercando mi cuerpo al suyo y cogiendo sus caderas. Aún con la poca luz que hay consigo distinguir cuando se sonroja. Mi tigre está tan contento, que no ha dejado de gruñir feliz en toda la tarde.

—Especialmente si lo has hecho por eso —dice, intentando poner tono serio, aunque no lo consigue—. Es siniestro.

—A mí me parecía mono. Como un cachorro de tigre.

—Esos sí son bonitos. —Mi tigre da un brinco, pero decido ignorarlo—. Tú, aún está por ver.

—Entonces, ¿quedamos mañana para que pueda demostrártelo?

—¡Está bien! —cede al fin, riendo—. ¿Quedamos donde los bocadillos sobre las cinco?

—Me parece un gran plan.

Bajo la cabeza y noto como contiene la respiración. Aunque me muero de ganas por besarla, creo que hemos vivido demasiadas emociones por hoy y quiero que, cuando la bese, ella confíe plenamente en mí. Sé que hay verdad en parte de sus bromas, siempre la hay. Poso mis labios en su mejilla y me separo un paso. Suspira y me mira, pero cuando va a decir algo, Raisa nos interrumpe:

—Ethan, nos vamos ya.

—¿Siempre es tan mandona? —le pregunto a Hayley, mientras pongo una mano en la parte baja de su espalda para que nos acompañe.

—Sí, la verdad es que sí.

Nos despedimos con la promesa de vernos al día siguiente y Raisa decide que ella también vendrá, lo que anima al resto a hacerlo. Por lo que, ahora, en lugar de un plan para dos, es un plan para seis. U ocho, si vienen los dos tortolitos de las gradas. Solo espero que me dejen pasar tiempo a solas con Hayley. Me muero de ganas de profundizar en nuestra relación. Y en ella.

DECIDO BAJAR la ventanilla para ver si la tensión del coche se disipa un poco. Anoche, volviendo, Raisa y su amigo intercambiaron unas palabras: él le comentó si iba a ir a correr y ella le dijo que no. Nada raro para Owen y para mí, pero para ellos se ve que sí, porque en ese momento el coche se llenó de incomodidad y hoy sigue dentro. Aunque creo que lo más extraño de todo es que Raisa sí fue a correr. Nada más entrar en su casa, subió a su habitación, se quitó la ropa y saltó desde la planta de arriba ya transformada. Cuando me fui a dormir aún no había vuelto.

Llegamos al puesto de los bocadillos en silencio, hasta Owen ha estado callado. Nadie quiere un mordisco de lobo en su brazo. Allí nos esperan Hayley y Martha, que se lanza a los brazos de su amado. Mi patinadora favorita se acerca a saludar al resto y me deja para el final, lo que me permite inspeccionarla por todos los ángulos. Lleva un jersey navideño rojo con un árbol enorme y las bolas son pequeños cascabeles que suenan mientras anda. Parece una linda gatita. Cuando llega mi turno, la atrapo por la cintura para besarla en la mejilla y no la suelto, la quiero a mi lado. Ella se ríe, pero no se queja.

—¿Qué plan tenéis para hoy? —interroga Owen una vez consigue despegar los labios de su pareja.

—Lo que queráis —contesta Raisa sin ánimo. Es raro verla así, está como triste, nunca la había visto de este modo—. Creo que en un rato los niños y niñas del pueblo cantarán villancicos en la plaza.

—Yo he quedado en una hora con la señora Rollins para montar el árbol para la fiesta de mañana de mis peques —comenta Hayley y se gira para mirarme—. Me ha llamado esta mañana, no he podido negarme.

—No pasa nada —miento a la vez que le guiño el ojo.

—A mí me apetecen los villancicos —interviene Martha alegre—. Luego podemos ir a esa cafetería que dijo ayer Raisa que tienen un chocolate navideño.

Se acuerda que ese será el plan y nos comemos los bollos del puesto con una charla banal por parte de los zorros de fondo. Los lobos están especialmente callados, pero nadie les dice nada ni los intenta incluir en la conversación. Ilain ha mirado varias veces el móvil, pero parece que lo que esperaba ya lo ha recibido y no le ha gustado la respuesta. Cuando vamos a atravesar el mercado para ir a la plaza, Hayley se despide:

—Bueno, chicos, tengo que irme ya.

—Voy contigo —digo cambiando de dirección y poniéndome a su altura. El resto se despide con la mano y emprenden su camino.

—No hace falta que vengas. —Empieza a caminar a donde sea que vayamos y la sigo—. Va a ser muy aburrido.

—Dudo que algo que te incluya sea aburrido. —Se sonroja y asiente—. Pero sería genial saber a dónde vamos.

—A un lugar secreto y oscuro donde poder aprovecharme de ti. Ya sabes, el lugar ideal para montar un árbol de navidad para niños.

—Serás… —bromeo y pellizco su cintura, aprovechando el movimiento para dejar mi mano allí.

Acaba pasando su mano por mi cintura y llegamos a la pista de hielo cogidos. Entramos por una puerta lateral, de la cual Hayley tiene llave, y subimos unas escaleras hasta un pasillo lleno de despachos. Entramos en el primero, que parece una sala de reuniones, con una mesa larga con doce sillas. Una mujer está colocando unas cajas encima de la mesa, cerca del enorme árbol que se encuentra al final de esta.

—Hola, señora Rollins —saluda Hayley al entrar, sobresaltando a la pobre mujer.

—Hayley, cariño, qué susto me has dado. —Cuando nos ve, se queda mirándome y sonríe—. Has traído ayuda. Chaval, ven aquí y carga estas cajas. Yo ya estoy vieja para estas cosas.

—Usted siempre será joven, señora Rollins —comenta Hayley mientras nos acercamos a la mujer.

—Si eso fuera verdad no me hablarías de usted ni me llamarías señora.

Empiezo a colocar las cajas encima de la mesa a la vez que Hayley va abriéndolas; están llenas de adornos para el árbol. Cuando me fijo en ellos, observo que todos tienen temática de patinaje o *hockey*. Una vez están todas colocadas, la señora Rollins se disculpa un momento y sale de la sala cerrando la puerta.

—No va a volver —me informa Hayley desenrollando unas luces—. Siempre hace lo mismo: lía a alguien para que la ayude y se va dejando a esa persona sola. Había engañado a otra entrenadora, pero parece que le ha surgido algo y me ha llamado a mí. Es posible que luego te pida que saques la mesa para tener sitio para la fiesta.

—Podrías haberle comentado que habías quedado.

—Ya… pero es que me encanta decorar el árbol y si no hubiera sido yo, habría llamado a alguien del equipo de *hockey*. Son majos, pero no saben poner adornos.

—¿Cómo se puede no saber poner adornos?

—Poniéndolos mal.

—Solo hay que rodear la rama con el hilo. Mira, así —afirmo mientras coloco unos patines verdes en el árbol—. ¿Me estás diciendo que hay personas que no saben hacer esto? Mi primo de cuatro años lo hace sin ayuda.

—No es eso —contesta riendo y quitando el adorno que acabo de colocar—, hay que encontrar un equilibrio para que no estén todos los adornos de *hockey* juntos o los de patinaje. De esa forma, mires desde donde mires sabrás que hay de los dos.

—Tú mandas, entonces. Me pides el tipo de adorno que quieres y yo te lo doy. Trabajo en equipo.

—Perfecto.

Me sonríe y empieza a colocar las luces en la parte baja del árbol. Va girando alrededor, poniendo el cable por dentro. Cuando llega a la mitad, se acaban y le ofrezco la siguiente tira de luces sin que me lo pida. Llega un punto en el que sus brazos ya no alcanzan lo más alto, pero cuando voy a hacerlo yo, se sube a una escalera de dos escalones para seguir. Me coloco detrás de ella y la cojo de las caderas.

—¿Qué haces?

—Asegurarme de que no te caes. —Los cascabeles de su jersey suenan cuando se ríe, pero no dice nada.

Una vez puestas las luces, empieza a pedirme adornos. Realmente tiene un método para colocarlos, con cierta lógica incluso. Todo un arte esto de decorar los árboles, y yo toda la vida haciéndolo mal.

Al rato, me quito el jersey y me quedo con una camiseta de manga corta. Puede, y solo puede, que me haya recreado un poco más de lo debido en quitármelo, cosa que funciona, porque Hayley me está mirando cuando lo saco por mi cabeza.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sí —contesta y se encoge de hombros. Voy hacia ella y la acorralo en la mesa. Sus ojos no se despegan de los míos, sin embargo, oigo su corazón desbocado—, pero no te hagas ilusiones, también me gustan los anuncios de calzoncillos.

—¿Ah, sí? —Empiezo a acariciarle con la punta de mi nariz y contiene la respiración. Bajo hacia su cuello y se arquea para darme acceso—. A mí me encanta lo que veo.

—¿Vas a besarme? —Su voz suena ronca y beso su mandíbula—. ¿O vas a dejarme con las ganas como ayer?

—¿Te quedaste con las ganas, gatita? Eso no está bien…

Aproximo mi boca a la suya y la rozo. Coge mi camiseta y me acerca aún más a su cuerpo. Trazo sus labios con mi lengua y hace amago de morderla. La miro a los ojos y sonrío, ella me la devuelve y finalmente le doy lo que quiere y yo tanto ansío. Acorto la poca distancia que nos separa y junto nuestros labios. Lento al principio, con besos cortos. Aprovecho un suspiro por su parte para profundizar el beso y nuestras lenguas se encuentran, llenándome de su sabor. Cuando eso ocurre, mi tigre hace algo que nunca había hecho: gruñe de satisfacción y se estira feliz. Y entonces, lo entiendo. Ella es mi pareja predestinada.

8

ILAIN



VOY A DECÍRSELO Y A LA MIERDA LAS CONSECUENCIAS. RAISA ESTÁ TRISTE Y NO PUEDO soportar verla así. Es como si, desde que entramos a la pista de patinaje, algo hubiera hecho clic y nuestra relación hubiera volado por los aires. No puedo aguantarlo más. Llevo todo el día repasando la tarde de ayer y no encuentro nada que haya podido molestarla. Fue raro el camino hasta la cafetería, lo admito, pero al entrar, ella actuó normal, como si nada hubiera pasado. Hablamos de sus clases en la universidad y que tenía que ir de compras con su madre para la fiesta de navidad.

Quizás le está molestando mi forma de actuar y no quiera romper nuestra amistad si me pide que me aleje. Igual debería simplemente volver a lo de siempre y esperar a que ella se dé cuenta de que es mi pareja. Será lo mejor, sí. Genial, acabo de tomar en menos de un minuto dos decisiones totalmente opuestas. Espero que su loba me reclame pronto o moriré antes de poder aclararme.

Martha y Owen no paran de hacerse arrumacos mientras cambian el grupo del coro, que pasa de unos niños a unos adolescentes, y me doy cuenta de que, si fuera cualquier otro año, yo tendría a Raisa cogida con mi brazo rodeando su cuello para poder hablar entre susurros. Sin embargo, en lugar de eso, estoy a dos pasos de distancia. A mí también me entristecería si ella hubiera cambiado su forma de actuar. Me acerco y la abrazo como tantas otras veces, se tensa un segundo, pero enseguida se apoya en mi cuerpo. Esto está bien, está muy bien.

—Cantan genial —comenta mirando al coro—. Han mejorado.

—Es gracioso ver cómo han cambiado el registro de su voz ahora que les ha salido pelo en el pecho.

—Lo del año pasado fue peculiar.

—Bonito eufemismo.

Los adolescentes dan paso a los adultos que cantan dos canciones más y, una vez acaban, saludan y empiezan a recoger, decidimos llevar a Martha a la cafetería favorita de Raisa, pero no hemos dado ni dos pasos cuando un grito de indignación nos para en seco.

—¡¿Qué coño haces tú aquí?! —exclama alguien a nuestra espalda y, por la falta de color en el rostro de Martha y Owen, creo que es la hermana de este.

—Te estaba buscando —improvisa Martha aproximándose a ella—. Me he encontrado a tu hermano y me estaba ayudando.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo has comentado tú y he decidido darte una sorpresa.

—Cierto, hace como media hora. El problema es que se tarda al menos hora y media en llegar. —Martha traga saliva y su mano busca a Owen, que la acoge mientras pega sus cuerpos y

pasa un brazo por encima de sus hombros. Su hermana suelta una exclamación—: ¡No puede ser!

Los hermanos se enzarzan en una discusión mientras Owen aprieta a Martha contra él con fuerza, que tiene los ojos llenos de lágrimas. Me separo para darles intimidad mientras observo la escena. Raisa se acerca y se coloca a mi lado.

—Te faltan las palomitas.

—¿Vas tú a por ellas? Yo he conducido hasta aquí.

—Vete a la mierda.

—Vente conmigo y, de camino, compra palomitas.

—Palomitas no, pero un chocolate caliente sí que me apetece, ¿los dejamos tranquilos para que arreglen sus cosas y vamos a Crème de París?

—Me parece lo más inteligente que has dicho hoy —opino, emprendiendo el camino a la cafetería favorita de Raisa—. Palabra de beta.

9

OWEN



—Queríamos contártelo, de verdad —se justifica Martha y beso su pelo para darle ánimos—, pero no nos ha dado tiempo con vuestro viaje.

—¿Desde cuándo? —Me jode el tono de desdén que usa Alex. Es cierto que he estado con muchas chicas, pero nunca he jugado con ninguna. Todas han sabido dónde se metían antes de entrar. Otro tema es que ellas esperasen algo más. No puedo complacer las expectativas de las personas solo porque no quieran ver la realidad.

—Octubre —contesto y atraigo más a Martha contra mi pecho—. Y quiero que sepas que me importa una mierda tu opinión, solo he respetado el deseo de Martha de que lo supieras la primera porque la quiero y no le negaría nada.

—¿La quieres? —bufa—. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que aparezca otro *chochito* más apetecible? Martha, te avisé que te alejaras de mi hermano. Luego no vengas a llorarme cuando te deje.

—Eso no va a pasar —alega mi pareja con convicción, pese a tener los ojos llenos de lágrimas.

—No, claro que no va a pasar, porque no pienso ser tu paño de lágrimas.

—Lo que digo es que tu hermano no me va a dejar.

—Martha, por favor, espabila. ¿No ves que eres el sabor de otoño?

—Es mi pareja —escupo y a mi hermana se le agrandan los ojos—. Deja de hablarle así.

—No, no, no, no, no… ¡No puede ser!

—Lo es, Alex —dice Martha mirándome con amor y yo beso sus labios.

Mi hermana busca un banco y se sienta con las manos en la cara mientras repite: «No puede ser» una y otra vez. Martha se sienta a su lado y yo me quedo de pie vigilando que Alex no le haga nada. Sin embargo, cuando gira la cabeza para observar a mi pareja, tiene los ojos llenos de lágrimas y la mira con pena.

—Lo siento mucho —suelta. No me queda claro si se disculpa por intentar separarnos o porque soy su pareja. Siendo mi hermana, bien podrían ser las dos.

—Lo sé. —Martha empieza a acariciarle la espalda y mi hermana se acurruca en su regazo—. Por eso no te lo había contado aún, quería que lo vieras por ti misma.

—No te hubiera creído.

—Soy consciente de ello. —Martha me mira con una expresión de: «Te lo dije» y ruedo los ojos—. Ahora que ya lo sabes, ¿estás bien?

—¡No! Te tiras a mi hermano. No voy a superarlo nunca. —Las dos se ríen y mi hermana la abraza—. Pero lo estaré.

—Ahora vas a tener que aguantarme toda la vida.

—Pfff, ni me lo recuerdes —bromea—. Y lo que es peor, con mi hermano pegado a tu culo.

—¡Oye!

—No te metas, que esta conversación no va contigo.

—Un poco, sí.

—Minucias. En serio, Martha, lo siento mucho. No quería alejarte de tu pareja, solo del idiota de mi hermano.

—No tienes nada por lo que disculparte —contesta mi pareja—. Sé que solo querías protegerme, pero yo no podía evitar querer estar cerca de él. Igual que él tampoco podía. Ahora sabemos el motivo.

—Me alegro mucho de que hayas encontrado a tu pareja, aunque sea mi hermano.

—Sigo aquí, ¿sabes?

—Cállate, Owen —me exige Alex—. Es un momento importante entre amigas y lo estás jodiendo con tus interrupciones.

Ruedo los ojos y las dejo tranquilas mientras hablan de sus cosas y se meten conmigo un poco más. En cierto momento, Alex cae en algo.

—¿Lo saben los papás? —Su sonrisa maliciosa se intensifica cuando niego con la cabeza—. Esto va a ser muy divertido.

—Se lo contaré hoy mismo.

—Te han traído para estrechar lazos con la loba, lo estás haciendo genial.

—Hace tiempo que no insisten… mucho.

—¿Puedo estar delante cuando se lo cuentes, *porfiii*? —me suplica mi hermana y Martha se ríe—. *Porfiii*.

—Igual deberíamos ir ahora a decírselo —propongo y Alex hace una mueca—. ¿Cuándo le va bien a la princesa?

—Quería patinar —implora haciéndome ojitos.

—Ve a patinar, te aviso cuando volvamos para que vengas con nosotros y no te pierdas el cotilleo.

—Gracias, hermanito. Eres el mejor —miente, dándome un beso en la mejilla.

—¿Ahora soy el mejor?

—No, pero no quiero que te vayas sin mí.

Alex sale corriendo en dirección a la pista de patinaje y nos dirigimos a la cafetería que quería probar Martha. Cuando llegamos, los lobos no están solos. Y por la cara de Ilain, la visita no es bien recibida.

—Hola, chicos —saluda Raisa con una sonrisa. Parece que está mejor, esta mañana parecía un zombi—. Os presento a Nate de la manada Whisper.

Nos presentamos, nos sentamos y pedimos nuestros chocolates especiales de navidad.

—¿No te gusta el chocolate, Ilain? —pregunta Martha al ver que se está tomando un té.

—Mi primo es un soso —contesta el nuevo integrante del grupo—. No os preocupéis por él. Es un lobo gruñón.

Raisa se ríe y Ilain gruñe mientras se acomoda en su silla. Nate pasa un brazo por detrás de la silla de la loba y, si los lobos tuvieran rayos láser en los ojos, este se habría quedado sin su extremidad izquierda. Ilain permanece callado mientras nos explican que van juntos a la universidad y pasan casi todo el tiempo juntos. También que seguramente ella pase a ser su alfa cuando pierdan al actual, pero que, aunque es una decisión tomada, hasta que no llegue el momento, nadie se mudará por respeto a su actual líder.

Volvemos al mercadillo y decido fijarme un poco en los puestos. Ayer, con la emoción de poder estar con Martha por la calle sin vigilar nuestras espaldas, lo obvié totalmente. Claro, que

hoy no nos ha salido nada bien. La mayoría son artesanos que venden productos para regalar: libretas con cubiertas de piel, bolsos, cinturones, bisutería… También hay puestos de juguetes y otros de adornos. Me acerco a uno que parece distinto al resto y reconozco al instante al cambiante a reno que lo regenta.

—Owen —saluda.

—Mike. ¿Los tallas tú?

—Sí —contesta orgulloso y le sonrío de vuelta—. Aquí están los zorros, por si quieres alguno.

El puesto está lleno de animales tallados en madera y luego pintados, algunos para poner en el árbol y otros para dejar encima de una estantería. Me fijo en dos zorros árticos blancos, uno con la cola naranja, y los cojo de inmediato, somos Martha y yo. Pago y voy al puesto de comida donde me esperan. Al poco, aparecen Ethan y Hayley, con los labios muy rojos y cogidos de la mano. Cuando mi hermana se une a nosotros, decidimos volver.

De camino al coche, Ethan me coge del brazo para alejarme del grupo y hablar en privado.

—Es ella, tío. He encontrado a mi pareja.

—¿En una humana?

—No sé cómo explicarlo, solo sé que lo es.

—Tendrás que contárselo —le recuerdo. No me gustaría estar en su pellejo, debe de estar acojonado.

—Y ¿si me rechaza? ¿Si cree que soy un monstruo? No sé si podré soportarlo.

—Lo siento, tío. No puedo ayudarte con eso. Me sabe mal, pero siempre puedes optar por no decírselo y alejarte.

—No puedo dejarla —dice afligido—. El simple hecho de pensar en alejarme de ella de forma intencionada me parte en dos.

—Pues prepárate para la conversación más importante de tu vida —sentencio dándole una palmada en la espalda.

—¿Qué tal con tu hermana?

—Mejor de lo esperado —admito—. No ha intentado morderme, ni atacarme. Yo diría que todo un éxito.

—Me alegro. ¿Tú sabes qué les pasa a los lobos?

—Amor no correspondido, creo. Pero esta tarde estaban mejor, igual no te ahogas en un mar de incomodidad en el coche. Por cierto, te vuelves solo con ellos.

—Oh, gracias —ironiza—. Eres un gran amigo.

—Si quieres le pido a Alex que vaya en vuestro coche.

—Abriré la ventana, no te preocupes.

Nos unimos con el grupo en el *parking* y nos distribuimos. Nate y Raisa vuelven juntos en el coche de este. Alex se sube de copiloto con Martha, así que me lo pienso mejor y decido ir con el lobo y el tigre. Ethan aprovecha para contarle al lobo sus circunstancias y este le da ánimos, alegando que Hayley es, de todas las amigas de Raisa, la única que seguramente no lo consideraría una aberración. Claro que eso no quiere decir que no lo rechace.

Cuando el silencio se instaura de nuevo en el vehículo, decido atacar:

—Bueno, ¿nos vas a contar qué pasa entre Raisa y tú o nos vais a seguir envolviendo de incomodidad todas las fiestas?

—He descubierto que es mi pareja, pero cada vez que intento contárselo, hay algo que me lo impide y me siento un puto cobarde.

—Te entiendo —suspira Ethan.

—¿Ella no lo ha notado? —cuestiono.

—No, que yo sepa.

—Y ¿qué vas a hacer? —curiosea el tigre.

—Nada. Esperar. Cuando he intentado acercarme, solo le he causado tristeza y eso me desgarra por dentro.

—Lo siento —le digo y asiente—. Te entiendo. Yo no era capaz de contarle a mis padres nada de Martha por no entristecerla y no tiene nada que ver.

—Comentan que eso pasa en las parejas predestinadas, ¿no? —comenta Ethan—. Que son incapaces de hacerse daño, ni que sea una mala palabra.

—Yo soy incapaz —explico—. Pero no sé si es lo normal porque no he podido hablarlo aún.

Los tres nos perdemos en nuestros pensamientos hasta llegar al pueblo. Veo al primo de Ilain bajar del coche para entrar con Raisa y decido preguntar:

—¿Tu primo está liado con tu pareja?

—No lo sé —contesta mirándolos y Ethan, que iba a bajar del coche, se frena para hacer lo mismo—. Sé que tuvieron algo el primer año de universidad, pero no he querido averiguar más. Me mata por dentro saber que estudian juntos mientras yo estoy aquí trabajando.

—Y ¿no te habías dado cuenta hasta ahora? —cuestiona el tigre mirándolo incrédulo.

—Supongo que no hay más ciego que el que no quiere ver. Hasta que no me separé de ella más de tres semanas, mi lobo no la reclamó.

—¿Has pensado que ella lo haya notado y no te esté diciendo nada por el mismo motivo que tú?

—Sí.

—Bueno, os dejo —comento mirando a Alex y Martha—. Me espera una conversación algo incómoda con mis padres.

—Sí, yo también —señala el tigre—. A ver cómo les explico que en lugar de estrechar lazos con la loba, he encontrado a mi pareja en una humana.

—Suerte —nos desea Ilain mientras bajamos del coche.

Nos dirigimos al interior de la casa y llamo a mis padres para que vengan al salón. Ethan se va con los suyos al jardín y los dueños de la casa se escabullen al piso de arriba para darnos intimidad. Una vez estamos solos, empiezo a hablar:

—Mamá, papá, tengo algo que contaros —digo respirando hondo. En realidad no estoy nervioso por lo que voy a decir, sino por habérselo ocultado todos estos meses.

—Será mejor que os sentéis —comenta mi hermana, sentándose como la señorita que no es, en el sofá.

Mis padres se miran preocupados y se sientan, sin decir nada. Hago un gesto a Martha para que se acerque y cojo su mano. La miro y le guiño un ojo.

—Sé que conocéis a Martha desde que era pequeña, lo que igual no sabéis es que es mi pareja. La he encontrado.

Mi madre me mira esperando algo más, pero cuando no habla, respira aliviada y nos regala una sonrisa. Alex frunce el ceño.

—¡Qué susto nos has dado, hijo! —exclama feliz—. Pensaba que ibas a decir que nos ibas a hacer abuelos.

—¿No os enfada que no os haya explicado que había encontrado a su pareja hasta hoy? —se indigna mi hermana y mis padres se ríen.

—La única que no veía que eran pareja eras tú, cariño —le contesta mi madre poniendo una mano en su rodilla.

—Lo sabíais —murmuro.

—Desde hace años, hijo —dice mi padre levantándose y abrazando a Martha—. Pero eso es algo que no se puede forzar, os teníais que dar cuenta solos.

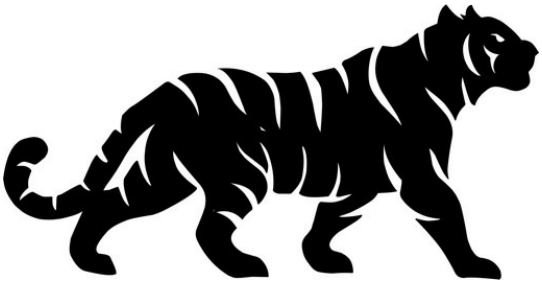
—¿Cómo? —cuestiona mi hermana y, por primera vez, admito que ha hecho la pregunta adecuada.

—No es una ciencia exacta —contesta mi madre—, pero normalmente cuando dos personas no son capaces de separarse, suele ser porque son pareja. Incluso aunque sus animales no los hayan reclamado.

Alex se queda pensativa ante las palabras de mi madre y me gustaría saber en quién estará pensando. Mis padres dan la bienvenida oficial a Martha a la familia y se la presentan al resto de los jefes como mi pareja. Parece que es algo que ya habían hablado, porque ninguno se sorprende ante la noticia. Con una invitación formal a la fiesta de navidad de los lobos, mi pareja vuelve a casa feliz. Ya puedo gritar al mundo entero que la quiero. Y yo que pensaba que el mejor día de mi vida había sido cuando la besé por primera vez.

10

ETHAN



ESTOY MUERTO DE MIEDO. MÁS QUE EN TODA MI VIDA. DESPUÉS DE HABLAR CON MIS PADRES, ME tocó hacerlo con el resto de los jefes. Tengo la suerte de que nos llevamos bien con los lobos, si el padre de Raisa se hubiera negado, los demás hubieran acatado sin rechistar. Por eso era tan importante la alianza con ellos. Ahora tendrán que conformarse con una alianza entre amigos, que ya es más de lo que tenemos ahora. Sé que la futura alfa habló con su padre antes de que tomase la decisión y se ha ofrecido a estar cerca para hablar con ella y explicarle lo que no entienda y no quiera preguntarme a mí. Se lo agradeceré siempre.

He quedado con Hayley en un parque cerca de su casa. Hemos pensado que si quiere huir despavorida, es mejor que esté en un terreno que conozca. Hace tres días que la besé por primera vez y he aprovechado cada segundo para estar juntos, por si decide olvidarme, tener el máximo de recuerdos posibles con ella. Me saluda con una gran sonrisa en cuanto me ve y frunce el ceño al ver a Raisa a mi lado. Nuestra amiga se dirige hacia un banco del parque y yo voy junto a mi pareja.

—Hola —saludo al llegar y la beso con desesperación. Se separa de mí y me mira extrañada —. Tenemos que hablar.

—Vale.

—¿Nos sentamos? —demando señalando un banco y asiente.

Empiezo a retorcer las manos mientras pienso cómo empezar. He considerado mil opciones pero ninguna me parece la correcta.

—Suéltalo ya —me exige y cuando alzo la vista hacia ella, suaviza su expresión—. Por favor. Me estás poniendo muy nerviosa.

—¿Conoces las leyendas de los hombres que se transforman en lobos cuando hay luna llena?

—¿Hablas de licántropos? —se extraña.

—Y ¿si te dijera que son reales? —Traga saliva, pero no contesta—. No la transformación con la luna llena, hablo de hombres y mujeres con la capacidad de cambiar a un animal.

—Te diría que eso son leyendas o películas de bajo presupuesto. ¿A dónde quieres llegar, Ethan?

—Soy cambiante a tigre, Hayley.

—¿Estás bromeando?

—No.

—Y ¿me lo cuentas así, sin más? Hace cuatro días que nos conocemos, no creo que sea algo que vas contando por ahí al primero que te cruzas.

—Mi tigre te ha reclamado como mi pareja predestinada, Hayley.

—¿Eso qué significa? —grita levantándose del banco y andando en círculos delante de él—.

¿Que aunque no quiera esto, voy a tener que aguantarme?

—No, no podría obligarte a aceptar ni aunque quisiera. —Se para en seco ante mi afirmación y me mira esperando una explicación—. Significa que no podré tener otra pareja. Ahora que te he encontrado, cualquier otra persona será insignificante a tu lado. Significa que nos completamos, como dos piezas de un todo. Significa que jamás podríamos dañar al otro ni con nuestras palabras, ni con nuestros actos. Significa que te amaré hasta el final de mis días, sin reservas. Todo eso significas para mí, Hayley.

—Apenas nos conocemos… —susurra.

—Lo sé, pero siento como si te conociera desde siempre. Entiendo que para ti no es igual, no pasa nada, no haré nada que tú no quieras. Te esperaré el tiempo que haga falta, si es lo que necesitas. También aceptaré tu decisión si decides olvidar todo esto y seguir con tu vida.

—¿Cómo quieres que olvide de que eres un puto tigre, Ethan?

—Hay una manera. Tenemos un tónico para este tipo de situaciones. En realidad es por si alguien lo descubre sin querer, pero, dadas las circunstancias, nos pareció apropiado.

—¿Nos? ¿Raisa lo sabe? —Agranda los ojos mirándola y pregunta—: ¿Me estás diciendo que mi mejor amiga es un tigre?

—Una loba en realidad —le explico con una sonrisa—. Y no una cualquiera. Una alfa, ni más ni menos.

—Necesito aire.

—Estaré ahí mismo —digo mientras me levanto y me acerco hasta el banco donde está Raisa.

Me quedo de pie y apoyo las manos en el banco mientras bajo la cabeza. No sé si hubiera preferido un derechazo como el primer día. Pasado un rato, la loba se levanta y se dirige hacia su amiga. No estamos muy lejos, por lo que la conversación llega a mí de forma nítida.

—¿Estás bien?

—¿Cómo quieres que esté bien, Raisa? ¡Eres una puta loba y me he liado con un tigre!

—Hay peores animales con los que liarse, podría haber sido un leopardo de las nieves.

—¿Qué tienen de malo los leopardos de las nieves? Son bonitos.

—Que son idiotas. —Las dos amigas se ríen y parece que la tensión se disipa.

—¿Cómo es?

—¿Ser cambiante?

—No, ser la pareja predestinada. ¿Tendré que obedecer todo lo que me pida? ¿Podrá obligarme a hacer cosas que no quiera?

—No, no podría aunque quisiera. No puedes hacer nada que le dañe, ni siquiera aunque no tengas la certeza de que eso le vaya a doler. Algo dentro de ti te lo impide. Es bastante frustrante, a veces. Bueno, siempre.

—¿La has encontrado? —No oigo una respuesta, así que imagino que ha hecho algún gesto con la cabeza—. Es Ilain, ¿verdad? ¡Oh, lo siento, cariño!

Miro hacia ellas y se están abrazando. Tengo que hablar con el lobo. Es justo lo que necesita para dar el paso.

—¿Tienes más preguntas, sobre el tónico u otra cosa? —interroga Raisa cuando se separan y Hayley se mueve incómoda—. ¿Estás bien?

—No, me he puesto ropa interior *sexy* porque había quedado con un chico y pensé que no me duraría mucho puesta. Me pica.

—¿Sabes que puede oírte? —Me río mientras Raisa también lo hace.

—¡Oh, joder! ¿En serio? —Se tapa la cara con las manos, pero eso no me impide ver lo

sonrojada que está—. ¿Qué pasará si tomo el tónico?

—Olvidarás las últimas horas y te levantarás con la mayor resaca de tu vida. Ethan tendrá que cortar contigo y se le prohibirá acercarse a ti. Para siempre.

—¡Qué drásticos!

—Nuestra supervivencia está por encima de todo. Y tu decisión será respetada siempre. Si Ethan intentase saltarse esa prohibición el castigo sería fatal.

—Y ¿podría decidir tomarlo ahora y que me lo contase de aquí a un año?

—No. Una vez que el humano decide olvidar, no se nos permite desvelárselo de nuevo. El tónico es bastante potente.

—Y ¿no podría habérmelo contado más adelante?

—Nunca es el momento adecuado, cuanto antes salga a la luz, mejor. Cuando sabes que es tu pareja, estar lejos de ella duele. Es como si te desgarrases por dentro. Tu animal llora en su ausencia, así que lo palías como puedes. Ethan se hubiera puesto muy intenso. Sé que para ti no es lo mismo hoy que después de unos meses de relación, porque lo hubieras conocido mejor, pero él sufriría por estar ocultándote su verdadera identidad. Además, su tigre se muere de ganas de que lo acaricies.

—¿Hasta cuándo tengo para tomarme el tónico?

—Un par de horas.

—¿Me dejas un rato sola?

—Claro, estaré en el banco.

Raisa vuelve a mi lado y se queda de pie, sentada en el respaldo del banco mientras observamos a Hayley, que no para de andar en círculos. Espero que decida quedarse a mi lado. No sé si podría soportar separarme de ella para siempre.

OWEN



MARTHA ESTÁ PRECIOSA. SE HA PUESTO UN VESTIDO NEGRO LARGO Y SE HA RECOGIDO EL PELO hacia el lado. La combinación hace que no pueda apartar la vista de esos ojos azules que tanto me gustan. No me ha dejado entrar en la habitación que compartimos en la posada del pueblo de los lobos hasta que estuvo lista. Mis padres pensaron que era mejor no meter a más cambiantes en la casa del alfa y nos mandaron a mi hermana y a mí aquí. Todos lo hemos agradecido.

—Si sigues mirándome así, llegaremos tarde a la fiesta.

—Mi padre me cortará la cola si no estamos en cinco minutos en la entrada del pabellón —le recuerdo.

—Entonces, salgamos ya. Alex me ha dicho que nos esperaba abajo.

Bajamos las escaleras de madera cogidos del brazo. Martha observa a todos los cambiantes que están en la recepción esperando a alguien. Es su primer evento oficial como futura jefa de los zorros árticos y está nerviosa, aunque no lo diga. Aprieto su mano para infundirle ánimos y vamos al encuentro de mi hermana, que está hablando en susurros con un leopardo de las nieves. Frunzo el ceño; no sabía que los conocía. En cuanto nos ve, lo despacha y se acerca.

—Estás muy guapa, Alex —comenta mi pareja al verla. Lleva un vestido corto, pegado al cuerpo, rojo y unos tacones tan altos que casi queda a mi altura. No sé cómo no se mata con ellos.

—Tú más —contesta mi hermana con una sonrisa.

—No sabía que conocías a los leopardos de las nieves —corto la conversación.

—¿Leopardo de las nieves? —se extraña Martha—. Esos no son los que…

—Sí —interrumpo, hoy no es día para pensar en cosas tristes—. ¿Alex?

—Hemos coincidido en algunas clases de la universidad. Eso es todo.

—Ten cuidado —le advierto. No me gusta que se junte con ellos. No son buena gente.

—Oh, menos mal que me lo has dicho —ironiza mi hermana—. No lo hubiera pensado nunca.

—¿Vamos a la fiesta? —corta la discusión Martha y asiento—. ¿Sabéis si van a venir los osos polares?

—Victor comentó que no suelen venir —le explico—. No pueden transformarse porque pasan demasiado calor.

Martha sigue preguntando quién viene a la fiesta de navidad mientras nos dirigimos al pabellón. Alex está especialmente callada, pero lo achaco a que está más pendiente de no resbalar con ese calzado.

—Te dije que iba a nevar —se ríe Martha cuando llegamos al lugar y mi hermana tiene que cogerse a mi brazo para no caer—. No sé en qué estabas pensando.

—Las botas de nieve no pegaban con este vestido. —Se encoge de hombros y se pierde entre la gente.

Entramos y buscamos a nuestros amigos. De camino hacia ellos, saludamos a varios jefes que nos felicitan por habernos encontrado y algunos nos cuentan sus historias. Cuando acabamos con las formalidades, cogemos dos bebidas y nos vamos a la mesa del fondo.

—No me dejes sola —me susurra Martha justo antes de llegar.

—Nunca.

STEVE



ADMITO QUE LOS LOBOS SABEN MONTAR BUENAS FIESTAS, PERO PREFERIRÍA ESTAR CON NATALIE. No estaba invitada y no puedo hablarle de un mundo que no es el mío, forma parte de la promesa de silencio que nos hicieron hacer a mi familia y a mí. No ha entendido por qué no podía venir a la fiesta de navidad en el pueblo donde vive su mejor amiga, pero Raisa le contó una mentira de aforo que parece que apaciguó su enfado. De todas formas, mi idea es estar un par de horas e irme a pasar el resto de la noche con ella. Como he hecho desde que la besé en la pista de patinaje.

Después de nuestro primer beso, nos fuimos a su casa y Natalie se enfrentó a su padre. El pobre hombre no sabía ni dónde meterse, nos pidió perdón mil veces y se llevó una buena bronca por parte de su mujer. Mi novia le perdonó y no hemos vuelto a cruzarnos desde entonces. Claro que, si no salgo de la cama, a poca gente voy a ver.

Veo a mis amigos al final de la sala y me dirijo hacia allí. Lo bueno de ser una familia de humanos invitados es que nos suelen ignorar, así que atravesar el pabellón es bastante rápido. Voy a por una bebida y un poco de comida, y una palmada en la espalda me saca de mis pensamientos.

—No sabía si vendrías —proclama Nate, el primo de Ilain, riendo—. Me han comentado que estabas muy ocupado.

—No me han dejado escaquearme.

—Eso lo explica todo —se ríe mientras coge un canapé y se lo come—. Y ¿cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Bien, como siempre. Buscando curro.

—Si necesitas algo, me dices —comenta guiñándome un ojo. Tres chicas se acercan a la mesa donde estamos y Nate las señala—. Creo que no conoces a mis hermanas. Chicas, él es Steve, un amigo de nuestro querido primo Ilain. Ellas son Lisa, Nicole y Brittany.

—Encantado —contesto con una breve reverencia de mi cabeza y observo al grupo.

Tienen cierto parecido los cuatro, con su piel tostada que me recuerda al caramelo fundido, sus ojos claros y pelo negro azabache. Los hermanos se ponen a comentar la comida y Nicole se aproxima y me susurra:

—Huye ahora que puedes. Se van a tirar un buen rato catando los canapés y creyéndose chefs profesionales.

—Iba con mis amigos —digo señalando la mesa donde están—. ¿Vienes?

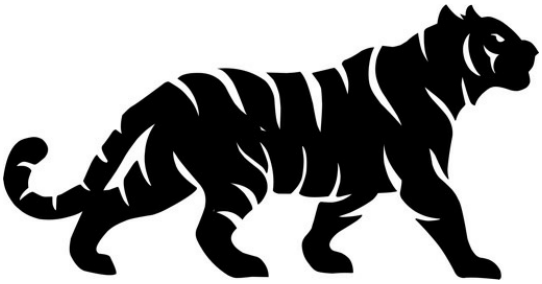
—¡Claro! Lo que sea con tal de perder de vista a mis hermanos un rato.

Llegamos a la mesa y le presento a los que no conoce. Pasamos la noche entre risas, anécdotas, critiqueos de otros cambiantes y, cuando quiero darme cuenta, estamos en la parte de

arriba del pabellón viendo amanecer. Natalie me va a matar.

13

ETHAN



RESPIRO HONDO E INTENTO TRANQUILIZARME. NO AYUDA QUE MI TIGRE ESTÉ TAN INQUIETO Y QUE no pare de gruñir a cada rato. Me levanto y me vuelvo a sentar. Ya no sé ni cómo ponerme.

—Menos mal que te dijo que sí, si no, estarías insoportable. Más, quiero decir.

Le saco el dedo del medio al hermano de Raisa y sale de la casa riendo a carcajadas. Hayley está arriba preparándose con la loba y están tardando una barbaridad. Puede que me haya aceptado a mí, pero hoy la voy a meter en una fiesta llena de cambiantes y no sé cómo lo va a llevar. Aunque ella dice que está bien, he notado cómo se le ha acelerado el corazón al entrar en la casa. Claro que también ha conocido a mis padres, así que puede que los nervios sean los normales, no por estar rodeada de personas capaces de transformarse en animales depredadores. Quizás empiece presentándole a los renos.

Me sigue sorprendiendo su capacidad para aceptar mi verdadera identidad. Ayer, cuando se lo desvelé, el tiempo desde que habló con Raisa hasta que se acercó a nosotros se me hizo eterno, y eso que fue una media hora. Nunca hubiera esperado que lo primero en decir fuera:

—QUIERO CONOCER AL TIGRE. —Este dio un salto de alegría y tuve que controlarme para no transformarme en medio del parque.

—¿Estás segura? —cuestionó con cautela Raisa—. No es un gato, su tamaño puede imponer.

—Me has dicho que no me hará daño…

—Nunca, ni él ni yo —me apresuré a decir.

—Quiero comprobarlo por mí misma —susurró y carraspeó para decir con mucha más convicción—: Necesito comprobarlo.

—Está bien —cedió Raisa—. Hay un lugar apartado saliendo del pueblo, a unos diez minutos. Podéis ir allí.

—¿Tú no vienes? —preguntó Hayley preocupada.

—No, os esperaré aquí. —Y sonrió a su amiga—. Es un momento muy íntimo cuando la pareja conoce al animal. Solo estorbaría.

—¿Vamos? —dije ansioso y Hayley asintió. Empezamos a andar, pero no quise cogerle de la mano. Me daba miedo su rechazo—. ¿Estás bien?

—No —dijo riendo sin gracia—, pero lo estaré. Solo tengo que procesar toda la información.

—O puedes decidir olvidarlo —le recordé, por mucho que me doliera esa opción.

—O puedo olvidar, sí —murmuró.

No volvimos a hablar, ni cuando nos subimos al coche, ni cuando cogimos el desvío del que

había hablado Raisa. Recorrimos cinco minutos de camino de tierra encerrado entre árboles que iban dando golpes al techo del coche, antes de parar y bajarnos.

—Tengo que desnudarme. —Quizás no fueron las palabras más acertadas para romper el silencio incómodo, pero tampoco se me ocurrió nada mejor. Hayley asintió mientras se sonrojaba y me daba la espalda.

—¿Preparada? —consulté una vez me quité toda la ropa.

—Sí.

Me transformé y reprimí las ganas de mi tigre de ir hasta ella. Respiró hondo un par de veces antes de girarse. Se sorprendió al verme y se frotó los ojos. Dio un primer paso y esperé quieto, sacando todas las fuerzas que podía para no salir corriendo en su dirección. Poco a poco se fue acercando y llegó a mi lado. Alzó la mano dubitativa y bajé la cabeza para que no tuviera miedo. Un jadeo ahogado salió de su garganta al notar mi pelaje en su mano. Volvió a hundir sus dedos en mi cuello y gruñí de satisfacción sin poder evitarlo. Una risa suave llegó a mis oídos y me relajé mientras me acariciaba el lomo.

Se sentó en el suelo, recostada en un árbol y dio unas palmadas en su pierna para que fuera hacia allí. Apoyé mi cabeza y me tumbé. Empezó a acariciarme y cerré los ojos para disfrutarlo.

—¿Sabes que los tigres de Amur siempre han sido mis animales favoritos? —confesó sin dejar de darme mimos—. Tengo tatuado uno, de hecho. —Titubeó varias veces antes de continuar—: Me daba miedo aceptarte, pero no por lo que eres, sino por lo que soy yo. Tú me estás prometiendo amor eterno, que para ti no haya otra, pero ¿y si para mí no es así? ¿Y si un día me enamoraba de otro? No era justo para ti. Sin embargo, en cuanto el pensamiento me ha llegado, un dolor me ha atravesado el pecho y me he dado cuenta de que sería algo similar a lo que tú debes de sentir. No quiero perder la oportunidad de estar contigo por supuestos que no sabemos si pasarán. ¿Y si realmente yo también lo siento con el tiempo? Si decido olvidarte, estaría olvidando al mejor hombre que he conocido jamás. Y además, ahora no le queda otra que quererme.

»Solo te pido paciencia, me costará adaptarme, pero estoy segura de que juntos lo conseguiremos.

MI TIGRE VUELVE A GRUÑIR, quiere salir e irse con ella. Le entiendo, yo también. Un ruido en las escaleras me indica que han acabado y me acerco. Me quedo sin respiración nada más verla. Lleva un vestido azul eléctrico y se ha recogido su larga melena rubia en un moño rizado. Beso su mano cuando llega abajo y se ríe.

—Estás preciosa.

—Tú también estás muy guapo.

—¿Preparada para conocer a un montón de cambiantes y presentarte como la futura jefa de los tigres?

—No —se encoge de hombros y se ríe—, pero lo estaré.

Ilain llama a la puerta y salimos, dejando a solas a los lobos. Le doy un apretón en el hombro para darle ánimos y nos dirigimos al pabellón. Somos de los primeros en llegar, así que aprovecho para saludar y presentar a Hayley rápido. Ocupamos la mesa del fondo para que nadie nos moleste y esperamos a nuestros amigos.

—¿Te duele la mano? —consulto cuando veo que la abre y cierra varias veces seguidas. La herida causada en el ritual de la promesa de silencio, aunque es superficial, está en una zona sensible.

—Es más una molestia que otra cosa —me explica acariciando mi mejilla con la misma mano—. ¿Va a venir Shu?

—No —sentencio. La druida es una persona difícil de ver—. Vive en las montañas, no suele aparecer por aquí. No le gusta la gente.

—Chica lista.

—Al final no me has explicado qué te dijo cuando estuvisteis a solas —le comento. Al aceptarme como pareja, lo primero que ha tenido que hacer ha sido la promesa de silencio. Cuando le explicamos en qué consistía creo que se arrepintió de no tomar el tónico.

—Que incumplir la promesa me causará un dolor lacerante en la cabeza. Nada grave, en principio. Solo algo que me impedirá hablar, pero Shu me aseguró que si no desistía en el empeño podría morir.

—No se conoce ningún caso —la tranquilizo—, pero ella tiene más conocimiento que nosotros.

—¿Qué edad tiene?

—¿La druida? Cuatrocientos o puede que quinientos años. Nadie lo sabe. —Se le agrandan los ojos por la sorpresa—. Hay quien comenta que viven menos años, pero como no se conoce su rostro, no lo sabemos con certeza. Es todo un misterio.

—¡Vaya! Entonces me tomaré en serio sus advertencias.

—De todas formas, recuerda que Steve hizo el juramento hace unos años, e Ilain me ha explicado que intentó incumplirlo. Puedes preguntarle a él si quieres. Creo que dijeron que vendría.

—Acaba de entrar —dice señalándole—. Sigue siendo el más alto aunque esté rodeado de cambiantes.

—Cuidado, gatita. A mi tigre no le gusta que hables de otros hombres.

—Creo que tu tigre y yo deberemos tener una conversación sobre límites.

—Cuando quieras —contesto besando sus labios mientras se ríe.

Nunca imaginé encontrar a mi pareja y ahora no puedo ni imaginar la vida sin ella. Es simplemente perfecta.

ILAIN



EN CUANTO ATRAVIESO LA PUERTA DE LA CASA DE RAISA DECIDO QUE NO PUEDO ESPERAR NI UN minuto más. Está preciosa con ese vestido plateado, aunque ahora mismo me estorba todo lo que me impida tocarla. Me mira tímida y, antes de que pueda decir nada, acorto la distancia que nos separa. Mi lobo gruñe cuando estampo mis labios contra los de Raisa. ¡Oh, joder! Es infinitamente mejor de lo que jamás hubiera imaginado. Profundizo el beso y un gemido se escapa de sus labios. La alzo por el culo y sus brazos me rodean, pero un carraspeo nos interrumpe.

—Raisa, el resto de jefes nos esperan —comenta su padre en tono serio.

—¿Se puede saber por qué tarda tanto? —Se escucha a su madre y suelta una exclamación cuando nos ve abrazados—. ¿En serio, Ilain? ¿Tenías que sacar justo hoy el valor para declararte? ¡No habrá tenido días el lobo!

Se va refunfuñando y Victor nos mira expectante.

—Ya vamos, papá —asegura Raisa totalmente sonrojada alisando el vestido.

—Bienvenido a la familia, Ilain. Pero mi mujer tiene razón, no es el momento.

—Perdón.

—Es decisión tuya si quieres presentarlo como tu pareja o prefieres esperar —le explica a su hija, ignorando mi disculpa—. Total, ya van a conocer a dos futuras jefas hoy, no creo que uno más le escandalice a nadie.

Victor se va, dejándonos solos, y toda la valentía que sentía al lanzarme sobre Raisa nada más cruzar el umbral de su puerta, se ha esfumado. Le ofrezco el brazo y nos dirigimos en silencio al pabellón.

—Tienes brillo de labios en la boca. —Raisa rompe el silencio a los pocos pasos de salir de su casa.

—Y más que voy a tener —prometo—. No pienso parar hasta quitártelo todo.

—¿Qué ha cambiado?

—Que ahora sé que eres mi pareja, pero eso ya lo sabes porque te diste cuenta antes que yo.

—Sí. Lo sé desde hace tres años.

—¿Qué? —La encaro para mirarla—. ¿Cómo has podido soportarlo tanto tiempo? Yo me di cuenta cuando te fuiste a la universidad este año y apenas he podido sobrevivir estos meses.

—Tú no lo sentías —comenta encogiéndose de hombros y las lágrimas se acumulan en sus ojos. La abrazo y le doy un beso suave antes de dejarla continuar—. Lo noté el día que nos besamos delante de los de la universidad cuando fingimos que éramos novios para que me dejasen en paz.

—Ese beso no significó nada —recuerdo.

—Para ti no, pero para mí lo significó todo. Mi loba te reconoció.

—Por eso me pediste que te besara otra vez al llegar a tu habitación.

—Pero no lo hiciste, así que imaginé que no lo habías notado. Me conformé con ser tu amiga hasta que tu lobo me reclamase.

—Y ¿si no lo hubiera hecho?

—Mi padre me aseguró que no pasa mucho tiempo cuando uno de los dos reclama a su pareja. Evidentemente, se equivocó. Incluso llegamos a pensar que me había confundido y no era eso, pero estos meses lejos de ti han sido horribles.

—Siento haber sido tan estúpido como para no verlo. Y tan cobarde como para no decirte nada cuando llegaste.

—Y ¿qué ha hecho que me lo dijeras hoy? —pregunta retomando el camino a la fiesta.

—El tigre. El puto tigre. Le debo una.

—Él a mí unas cuantas, así que: deuda saldada.

Justo antes de entrar, a la vista de un montón de cambiantes que entran en fila y se saludan los unos a los otros, giro a Raisa y acojo su cara con mis manos.

—Te quiero, Raisa. Como jamás querré a nadie en el mundo.

—Te quiero, Ilain. Te he querido siempre, soy afortunada de que seas mi pareja.

—Aquí el único afortunado soy yo.

15

NATE



NO SÉ QUIÉN HA PROPUESTO SUBIR A VER EL AMANECER A LA AZOTEA, PERO HA SIDO UNA IDEA brillante. Incluso si mis hermanas también están. El pueblo está lleno de luces de colores de la decoración de las casas, que van perdiendo intensidad a medida que el día hace su aparición. La nieve nos ha dado una tregua y ha dejado un manto blanco en las montañas del valle, que reluce con los primeros rayos del sol. Es simplemente espectacular.

—¿Nos quedaremos a vivir aquí? —me susurra Nicole, abrazándome—. Me gusta.

—Aún falta un poco para eso, pero acabaremos aquí, sí.

—Son buena gente —dice señalando a los seis futuros jefes que tenemos delante—. Lo harán bien.

—Ya veremos.

—Te he oído, Nate —afirma Raisa riendo—. Igual tendría que retirar mi propuesta de que seas mi beta.

—¿Perdona? —gruñe mi primo—. ¿Desde cuándo me han quitado el puesto?

—¿No lo sabe? —pregunto a Raisa riendo—. ¿Se lo puedo contar yo?

—No seas malo —me pide mi amiga, pero asiente.

—Me lo pidió en nuestro primer año de universidad, cuando supo que eras su pareja. No puedes ser su beta si eres su pareja, primo.

—¿Te liaste con ella antes o después de saber que tenía pareja? —me interroga Ethan y frunzo el ceño. ¿De qué habla?

—Raisa y Nate nunca se han liado —aclara Hayley a su pareja y los dos afirmamos—. Acabo de caer en que tú también eres un lobo. ¡Joder! Esto es muy difícil.

Ethan la abraza y la besa en la cabeza. A Hayley le está costando todo esto, pero lo está llevando de forma admirable. En unos meses lo verá como algo natural.

—¿Pensabas que me había liado con tu primo?

—Sí. —El idiota de Ilain se encoge de hombros, pero el dolor de su rostro es evidente—. No podía ni verlo sin querer romperle esa cara bonita que tiene.

—Tú sí que te mereces un tortazo —le dice Owen riendo y Martha le da un golpe en el brazo, seguido de una colleja por parte de Alex—. ¡Es verdad! Estaba celoso y ¿no pensó que quizás era su pareja? Hay que ser tonto.

—Conoces a Martha desde que tenías ¿qué?, ¿cinco?, ¿seis años? Tú te diste cuenta en octubre que era tu pareja —le recuerda su hermana—. No es un drama. No es tan fácil.

—No es tan fácil de ver, no. Yo también me puse celosa cuando Ilain y Hayley se liaron —confiesa Raisa y el gruñido del tigre casi nos deja sordos—. ¡Joder, Ethan; que tenían dieciséis años! Lo que quería decir es que no pensé que fuera por eso, solo me sentía sola.

—No me hubiera liado con él si hubiera sabido que te dolía, Raisa. Lo siento. —Hayley se acerca y las dos amigas se abrazan—. Pero, Ilain, lo tuyo con tu primo es peor.

—Y eso, ¿por qué? —pregunta el lobo indignado. Y Steve se empieza a reír a carcajadas cuando Nicole le susurra la respuesta.

—Porque a mí, querido primo, me van las pollas.

¡Gracias por leerme! Si te ha gustado esta novela, por favor, deja una valoración en Amazon para ayudarme a llegar a más gente.

Si es la primera vez que me lees, te dejo la sinopsis y el enlace a mis otros libros en la siguiente página.

¡Disfruta de la lectura y feliz navidad!

Ygritte

MÁS LIBROS DE LA SAGA BAJO LA PIEL CAMBIANTE



Hay casualidades que cambian el rumbo de nuestra vida. A veces nos recuerdan que no podemos luchar contra nuestro destino; otras nos enseñan un camino que ni sabíamos que existía.

ALEX

¿Qué probabilidad había de que encontrase a Ryan apoyado en mi coche al salir del trabajo? Lo hubiera considerado una bonita casualidad si no llevase meses evitándole. Pensé, tonta de mí, que cuando hallase a mi pareja predestinada todo sería felicidad, flores y amor; tal y como tiene mi hermano Owen. Sin embargo, la vida ha decidido que Ryan fuera un leopardo de las nieves y yo una zorra ártica: una unión casi imposible. Y digo casi porque tendríamos una posibilidad, si no fuera porque Ryan no quiere ni contemplarla…

TIM

Era la primera vez que me adentraba en el territorio de los lobos, al menos, de forma humana. Había muchas cosas que podían ocurrir: hostilidad, reproches o, incluso, que me echasen a patadas. Lo que no esperaba era encontrar a mi pareja predestinada y, mucho menos, que me escoltara para que no me pasase nada. Una bonita casualidad si Nate no fuera un lobo y yo un leopardo de las nieves. Al fin y al cabo, siempre hemos sido los enemigos de todos los cambiantes.

Consíguelo pulsando en el título Nuestra mejor casualidad o escaneando el QR:

OTRAS OBRAS DE YGRITTE BERLANA

SAGA FUEGO Y HIELO



Adéntrate en este Retelling de Blancanieves y descubre que nadie es como parece...

Hace dieciocho años que aparecí en el mundo humano sin saber nada más que mi nombre: Winter. Ese día, los cuentos de hadas que les contaban a los niños se hicieron realidad: había una fae entre ellos. Desde entonces he crecido junto a la princesa Kassia, como un miembro más de la corte del reino Alister. Me formé como guerrera pero, cuando estaba a punto de conseguir todo cuanto había soñado, la muerte del príncipe Randall II, el heredero al trono, lo cambió todo. Ahora vivo recluida en el castillo que una vez fue mi hogar, deseando salir y luchar. Pensé que moriría en vida, hasta que el capitán Keilan decidió saltarse las normas.

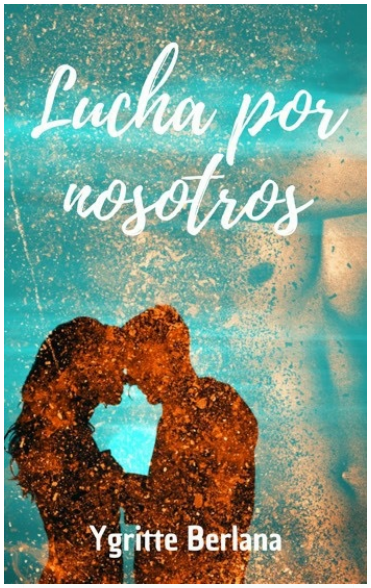
¿Qué iba a hacer si me dio justo lo que tanto ansiaba?

Lo agarré con todas mis ganas y entonces… todo volvió a cambiar.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO WINTER, LA ÚLTIMA GUERRERA FAE O ESCANEANDO EL QR:

SERIE NOSOTROS

SI TE GUSTAN LAS NOVELAS LIGERAS, LLENAS DE AMOR SANO Y CON PERSONAJES CERCANOS, ¡ESTA ES TU SERIE!



Una historia de amor repleta de música, libros y superación pero con fecha de caducidad. ¿Será este romance su capítulo final o se convertirán en un secundario más en la historia de su vida?

Un viaje por trabajo.

Un enlace muy interesante.

Una mirada inteligente.

Una petición afortunada.

Un callejón.

Una mujer.

Un hombre.

Una historia que vivir.

Una fecha de fin.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO LUCHA POR NOSOTROS O ESCANEANDO EL QR:

Una historia de reencuentro, amistad y segundas oportunidades, donde descubriremos que, a veces, el destino de dos personas es estar juntas.

Un traslado.

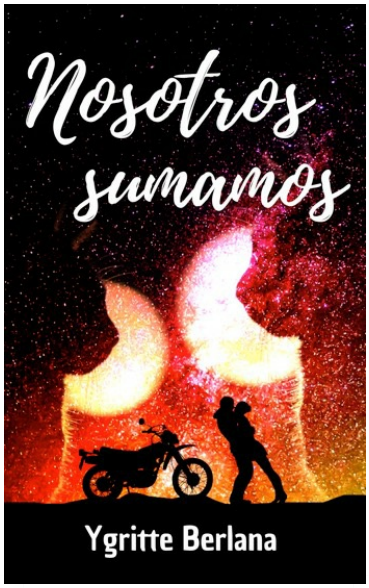
Un vecindario nuevo.

Catorce años después.

Un hombre.

Una mujer.

Dos gatos.



Una historia que recuperar.

Un caso por cerrar.

Consíguelo pulsando en el título Nosotros sumamos o escaneando el QR:

YGRITTE BERLANA



Escribo para dejarte el corazón calentito y una sonrisa en la boca. Novelas de romance contemporáneo y fantasía romántica llenas de amor sano, protagonistas fuertes y segundas oportunidades.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, estaré encantada de hablar contigo a través de mi cuenta de Instagram o TikTok: @ygritte.berlana, donde también encontrarás curiosidades de la historia y novedades.

Y por último, que sepas que puedes conseguir todos mis libros en papel firmados en mi página web: https://ygritteberlana.com/

¡Gracias por leerme!